

El futuro de Cuba.

Diosnara Ortega González*

Resumen

Este ensayo propone una comprensión de las relaciones tiempo y política en la revolución cubana desde el triunfo de 1959. En él se analizan las distintas transiciones que han tenido lugar en el proceso revolucionario y los tiempos producidos por y en ellas. Se examinan los ritmos, las relaciones entre política de corto y largo plazo, las temporalidades, y las expectativas producidas como parte de esas temporalidades en las últimas cinco décadas.

Abstract

This paper proposes an understanding of time and political relations in the Cuban revolution since the triumph of 1959. It shows the different transitions that have taken place in the revolutionary process and the times that produced them. It examines the rhythms, the relationship between politics short and long term, temporalities, and expectations produced as part of these temporalities in the past five decades

* Socióloga e Investigadora del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello. Cursa el doctorado en Sociología de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile. diosnara@gmail.com

*A Haydée Santamaría que vivió,
sufrió y comprendió los tiempos de Cuba.*

Para ti Yeyé, que sigues en el futuro.

La cuestión del futuro de Cuba se ha presentado como un movedizo terreno de incertidumbres desde que la revolución zanjó¹ un camino propio, con sus propios pasos y siempre que ha podido con sus propios pies. Por lo mismo ese terreno de incertidumbres ha abierto un espectro de especulaciones y premoniciones sobre su “estabilidad” y sostenibilidad.

Los cambios ocurridos en los últimos siete años dirigidos a una reforma económica fundamentalmente pero también hacia la política social², han constituido un escenario de especulaciones y proyecciones sobre el futuro de Cuba desde dentro y sobre todo fuera de la isla. Como siempre esas proyecciones dan cuenta de las posturas ideológicas y del orden deseado –o temido- por parte de quienes miran el futuro de Cuba.

Estas páginas no intentarán el ejercicio engañoso de anunciar, ni adivinar los años por venir de cubanos y cubanas dentro de la isla, ni siquiera de sistematizar los argumentos de aquellos que sí se arriesgan a ello. Lo que es de interés aquí es *pensar la construcción del tiempo como categoría política dentro de la revolución, el tiempo y la política, las relaciones pasado-presente-futuro en la proyección de la revolución cubana.*

Las revoluciones implican una reconversión del tiempo, de las relaciones pasado-presente-futuro. Reinhart Koselleck nos advierte que:

“La revolución cambia la mirada sobre el pasado, pero también sobre el futuro. Si bien ella intenta romper con el pasado, pero siempre en una relación de dependencia. El presente revolucionario tiene que constituirse en oposición a cierto pasado y corre el riesgo de quedar atrapada en esa relación con el pasado que es solo expresión de su necesidad de legitimarse, como algo nuevo, como un presente superior al pasado. Pero en esa hiperlegitimación se construye un presente pasado y se mengua la posibilidad de construir un presente-futuro”. (Koselleck, 1993)

¹ Se refiere a los últimos 55 años marcados por la Revolución en el poder.

² Se refiere a la reforma de la política económica y social implementada a partir del 6 Congreso del Partido Comunista de Cuba.

Koselleck da cuenta de los dos problemas fundamentales que se intentarán problematizar en este ensayo: (i) el carácter transformador de la revolución sobre el tiempo; y con este problema algunas preguntas e hipótesis: ¿ puede una revolución –en este caso la cubana- seguir siendo tal si no produce una transformación del tiempo y la relación política-tiempo? El tiempo en que vivimos, con que estructuramos nuestras vidas es un constructo moderno. La revolución cubana, en su carácter socialista, debería producir un uso crítico del tiempo como espacio de la política y como medida de la política.

El segundo problema: (ii) la relación pasado-presente-futuro como el espacio desde el cual necesita legitimarse pero también proyectarse –construir- la revolución.

La experiencia cubana en sus últimas 5 décadas ha constituido una fuerte relación con el pasado, construyendo un presente desde la ruptura con el pasado de la república, o más exactamente con un pasado colonial. Pero al mismo tiempo durante los años de vida propia de la revolución en el poder se ha ido acumulando un pasado reciente, con el cual también se constituye una relación de dependencia, pero en sentido opuesto, en este caso como “conservación” y continuidad de los logros del proyecto revolucionario. La revolución construye su presente desde una relación de sujeción con sus pasados pero también con los futuros desde donde se instituye y estas son relaciones de ruptura (pasado colonial) o/y de continuidad (los pasados dentro de la propia revolución)

La pluralidad de pasados y la dependencia del proyecto hacia ellos marca la ruta de los futuros para Cuba, hacia donde mirar. Este ensayo asume el riesgo de interpretar las distintas rupturas temporales producidas durante la revolución luego del triunfo de 1959. Se propone un análisis sobre el tiempo instituido en la revolución. Para ello se usaron fuentes varias, desde el discurso oficial, hasta expresiones del imaginario popular recogidas en investigaciones sobre subjetividad política en Cuba, pasando por el corolario de estudios sobre la transición cubana en un grupo de intelectuales dedicados al ejercicio de pensar Cuba con un compromiso hacia ella.

En este ensayo se recuperan las preguntas de François Hartog (2007:31): “¿qué vínculos mantener con el pasado -los pasados, por supuesto-, pero también, de gran intensidad, con el futuro? Sin omitir el presente o de manera inversa, viendo tan sólo el presente: ¿cómo habitarlo, en el sentido literal de la palabra? ¿Qué destruir, qué conservar, qué reconstruir, qué construir; y cómo?”.

En un momento de reforma como el que vive Cuba en sus últimos años es pertinente y necesario preguntarse: ¿hacia qué futuro(s) se encamina su política, qué relación guarda ese futuro con sus pasados?

El uso del tiempo, su transformación como espacio y medida de la política en la revolución no se expresa solo en la relación presente-pasado-futuro, sino en sus ritmos también. Este segundo eje es tan importante como el primero. Una reestructuración del tiempo revolucionaria implica reconvertir la relación entre políticas y ritmos de ejecución, entre las nociones de corto y largo plazo, entre la emergencia y la planificación.

Este punto ha sido neural para la revolución en todas sus etapas. La relación entre una política gobernada por lo emergente y los intentos de establecer una política de largo plazo, centrada en la proyección.

Cuando Raúl Castro retoma en varios de sus discursos el problema del ritmo de los cambios da cuenta del hostigamiento que el tiempo y las nociones dominantes sobre la relación tiempo-política ejercen sobre todo intento de cambio con vocación de transformación social.

“Vamos dejando atrás la visión del corto plazo, condicionada por urgencias e imprevistos; ya estamos en condiciones de proyectar, sobre bases sólidas y confianza en el futuro, el desarrollo hasta el año 2030, cuestión a la que prestaremos la atención requerida durante el 2014. (...)Continuaremos avanzando con decisión en la implementación de los acuerdos del Sexto Congreso, sin prisas, pero sin pausas, repito, sin prisas, pero sin pausas, a pesar de variadas exhortaciones con sanas intenciones y otras que definitivamente no lo son. (...)” (Castro, 2013)

El pasado y el futuro no están nunca asegurados, su re-construcción está atravesada por las luchas entre experiencias e ideologías (cristalizadas en generaciones, grupos, clases), por sus ausencias y sus dominaciones.

Koselleck afirma: “el tiempo histórico no es el pasado, sino el futuro que hace diferente lo similar”. (Koselleck, 1993: 61) La revolución ha instalado una brecha entre el espacio de la experiencia y el espacio de las expectativas, no solo porque produjo un universo nuevo (Martínez Heredia, 1998; Guanche, 2012), sino porque con su existencia temporal se ha producido una heterogeneidad de experiencias –pasados- que ni siquiera se pueden resumir en antes y después del triunfo revolucionario. No son las mismas experiencias, ni pasados, ni generaciones las que vivieron su juventud-adultez

en los años ochenta a los que comenzaron su concientización en los años noventa, y por tanto no son los mismos futuros imaginados.

No interesa el futuro como huida, sino lo que Hannah Arendt llamó “las brechas” entre el pasado y el futuro, entre *lo que ya no existe* y *lo que todavía no existe*. (Arendt, 1972:13-14) El futuro de Cuba necesita ser repensado desde una interpretación no lineal entre pasado-presente-futuro. Con esta propuesta se retoma a un grupo de autores/as que han entendido las múltiples re combinaciones y funciones del tiempo (Koselleck, Arendt, Hartog, Harvey, Elias)

Las páginas que siguen parten con un análisis sobre el tiempo como constructo de la modernidad: el tiempo moderno. Las ideas expuestas en este primer epígrafe interpelarán las concepciones modernas sobre el tiempo y apuntará el giro que la modernidad produce sobre este constructo. Seguidamente se propone una reflexión sobre las relaciones entre tiempo y política. En este segundo apartado se abordará tanto el carácter estructurador del tiempo sobre la política: los tiempos de la política, así como el impacto que produce o puede producir la política sobre el tiempo, por ejemplo las revoluciones. En el tercer momento, el más *extenso en el tiempo*, propone un recorrido analítico por las distintas etapas de la revolución en el poder y cómo se han expresado las relaciones tiempo y política en ellas. Se revelarán los ritmos que acompañaron cada momento, las temporalidades producidas, todo ello dentro del marco de construcción de la revolución en transición. Finalmente se cerrarán las reflexiones propuestas con una lectura sobre los pasados y futuros de la revolución cubana, sus particularidades y cómo ellos han servido a la legitimación del poder revolucionario al mismo tiempo que constituyen una exigencia y reto para su continuidad. Los futuros posibles para Cuba constituyen todos, un reto que lleva al límite cada vez más el proyecto de nación y los proyectos individuales, el por qué esto ocurre es lo que se explica desde una lectura personal en las siguientes páginas.

1- El tiempo moderno

Con la frase «tiempo moderno», se hace referencia a una configuración “nueva” que la modernidad, como época histórica (Koselleck, 1993) imprime sobre el tiempo.

La modernidad, como proyecto organizativo y reflexivo de la vida social, se instituye precisamente con una reconversión del tiempo, a saber en estas direcciones fundamentalmente:

1- Una ruptura en las secuencias pasado-presente-futuro. El tiempo moderno no solo se levanta como diferenciación con el pasado, instaurándose como lo “nuevo”, sino también con el futuro. Las guerras civiles religiosas del siglo XVI expresan el rompimiento con una construcción del fin. El futuro enmarcado desde la institucionalidad de la Iglesia católica como una secuencia lineal, inevitable, es identificable con el final donde serán juzgados los tiempos precedentes: pasado y presente. Esta producción del tiempo comienza su desvanecimiento con la Reforma y el surgimiento del Estado absoluto. (Koselleck, 1993)

R. Koselleck (1993) da cuenta de cómo presente y pasado quedaban unidos antes de la modernidad en una misma unidad u horizonte común. Ese futuro construido estaba unido a la imagen eclesial del fin. La unión entre futuro y final, como cierre, era un recurso de la iglesia medieval bajo el cual se producía integración, presentándose la Iglesia como institución salvadora y por tanto unificadora. Lo interesante según el autor es que:

“De este modo, el futuro, como posible fin del mundo, ha sido incluido en el tiempo como constitutivo para la Iglesia y no se encuentra, en un sentido lineal, al final del tiempo: más bien, se puede concebir el final del tiempo sólo porque está conservado desde siempre en la Iglesia. Y así la historia de la Iglesia es la historia de la salvación.” (Koselleck, 1993: 26)

Las rupturas entre pasado-presente-futuro como secuencia, y la construcción de nuevas relaciones entre estos niveles temporales son un producto y condición de lo que sería llamado siglos después *modernidad*.

Esta doble ruptura, hacia el pasado y el futuro, es necesaria para fortificar el presente como espacio desde donde se construye el tiempo moderno. Con ello no se afirma que el tiempo moderno es el presente, sino que es desde este que se producen pasado y futuro. El presente se vuelve la forma suprema de temporalidad (Mead, 1992 referenciado por Flaherty; Fine, 2001)

2- Se produce también una separación espacio-tiempo provocando un giro en las nociones de tiempo y espacio de modo independiente una de otra, no necesitando de una sujeción entre ellas.

La separación tiempo y espacio es necesaria a la racionalización de la vida social (al modo de producción capitalista) y es esa necesidad la que la produce como parte de una organización de la vida social nueva. La estandarización del tiempo es una precondition del sistema productivo social –y no solo económico- capitalista. El vaciado temporal y

espacial del que nos habla Giddens (1994) produce un nuevo tipo de relación social, no ligada al lugar ni al presentismo del “aquí y ahora”.

Estructuras centrales de la modernidad como el dinero llevan en sí mismas una ruptura del tiempo y el espacio, permitiendo una producción diferente sobre los mismos. El dinero es un medio de distanciamiento entre tiempo y espacio que permite la reificación de transacciones entre agentes separados espacial y temporalmente. (Giddens, 1994:34)

3- La externalización del tiempo respecto al sujeto, ahora puesto en función de la tecnología y las ciencias. El tiempo también nos ha sido expropiado, dejando de ser una construcción directa del sujeto y su interacción, para pasar a ser controlado y producido por la tecnología³ que lo hace posible e impone de modo estandarizado.

La globalización como rasgo intrínseco de la modernidad ha venido radicalizando esta ruptura entre tiempo y espacio, al mismo tiempo que ha maximizado usos y concepciones sobre ambas dimensiones que escapan del poder de acción del sujeto y se mantienen sujetas a la tecnología. Con esta idea se quiere apuntar el carácter no solo transformador producido con la modernidad sobre el tiempo, sino dar cuenta también de cómo el tiempo ha sido externalizado al sujeto y puesto en función de la tecnología.

La posibilidad de construcción de un tiempo desanclado del lugar y del presente inmediato existe solo en la medida en que se cuente con tecnología para producir una comunicación entre agentes ubicados en diferentes unidades espacio-temporales. En la actualidad, los procesos de aceleración en el desarrollo de las formas de comunicación digitales evidencian no solo la posibilidad de desafiar cada vez más la relación tiempo-espacio, de reinventarla, sino también la sujeción en la que nos encontramos.

Al estar constituidas las relaciones sociales (de modo creciente) por la mediación tecnológica cómo única vía de producción del tiempo y el espacio modernos –en clave global-, dicha tecnología se vuelve centro de poder para el acceso y para la simple reproducción de los sujetos en las dos dimensiones más importantes e imprescindibles de toda relación social: el tiempo y el espacio.

4- La aceleración como rasgo que marca todos los procesos de institución de lo moderno: individualización, racionalización, diferenciación y domesticación (Rosa, 2011). La maximización de opciones que sobrepasan las posibilidades de la experiencia exigen un ritmo acelerado de producción de lo social. “Las opciones de oferta siempre

³ Por supuesto que entendemos la tecnología como producto de la actividad humana, pero aquí nos referimos al carácter externo que la misma adopta en el sistema de relaciones sociales capitalistas respecto al sujeto.

superan aquellas realizables en la vida de un individuo, o, en términos de Blumenberg, el tiempo percibido del mundo (*Weltzeit*) y el tiempo de una vida individual (*Lebenzeit*) divergen dramáticamente”. (Rosa, 2011: 24-25)

La aceleración así es el modo de producción y de experiencia del tiempo instituido en la modernidad. El capitalismo como la forma de organización moderna, asocia aceleración a crecimiento, y ambos conceptos son claves en su reproducción. Pero la aceleración no solo da cuenta de un cambio en los ritmos, sino que separa al máximo experiencia y mundo. El tiempo ya no es la experiencia de los sujetos en el mundo, sino el intento siempre imposible del sujeto por hacer coincidir su experiencia con la del mundo. Esta separación generada con la modernidad termina produciendo la separación naturalizada entre el tiempo de la experiencia individual (subjetiva) y el tiempo del mundo, como un mundo objetivo, coercitivo y estructurador del resto de los tiempos.

Con esto no se entiende el tiempo como ente coercitivo sobre el sujeto, más bien este ha sido un rasgo del tiempo producido socialmente desde la propia elaboración de una conciencia del tiempo moderno. Lo que se señala como nuevo de un tiempo moderno es el tipo de coerción y los mecanismos sobre los que esta se instituye en la modernidad, fundamentalmente por la separación cognoscitiva entre un mundo objetivo y otro subjetivo, entre naturaleza, cultura y sociedad, así como el preestablecimiento de relaciones de determinación/dominación entre unos y otros. (Elias, 2010)

5- Como corolario de los cambios antes señalados, puede sostenerse un quinto rasgo del tiempo moderno: una nueva división social del tiempo. La división social del tiempo se sostiene no solo en las rupturas y tipos de vínculos establecidos entre pasado presente y futuro, sino los contenidos asignados a ellos y la clasificación de los sujetos de acuerdo a su uso respecto de ellos.

La división social del tiempo moderno además de profundizar la separación entre tiempo físico y tiempo subjetivo, heterogeniza este último, por su propio carácter experiencial. Pero también heterogeniza el tiempo físico, aún cuando lo presenta como estático, ordenado, estructurador de la vida, el tiempo físico de la modernidad, es decir, las instituciones modernas. El tiempo físico también es dinámico y heterogéneo, a partir de las sinergias entre experiencia y contextos en que se producen esas experiencias. En este sentido se toma distancia de las interpretaciones objetivistas (Durkheim, Sorokin, Merton; Zerubavel) y subjetivistas (Husserl; Mead; Schütz) sobre el tiempo y entiende a este en su dialéctica objetivo-subjetivo (Elias, 2010), como agencia y estructura producidas por las relaciones entre los sujetos y de estos con sus productos.

Este mecanismo instituye tiempos diversos, tiempos que definen acciones, tipos de relaciones, instituciones, sujetos, y no solo las secuencias pasado, presente, futuro. Esta diferenciación a su vez responde a la aceleración, la necesidad de maximizar el tiempo, es decir, expandir la experiencia del tiempo en el alargamiento y diversificación de los tiempos posibles (mundos posibles).

Uno de los ejemplos en que se expresa esta división social del tiempo es en la política. El tiempo moderno no solo define los tiempos de la política, sino que define a la política a partir de una concepción específica del tiempo como unidad de transformación, de acción sobre la realidad en el corto plazo, el plazo de la experiencia del sujeto. Sobre ello se profundizará más adelante.

Como se ha señalado hasta acá, el tiempo moderno instituye una reconversión entre los tiempos posibles (a nivel de las secuencias temporales) y del propio tiempo experiencial en el mundo. Esta producción responde a un modo de organización de la vida social en todas sus esferas, la cual necesita separar tiempo y espacio a fin de expandirlos y multiplicarlos. Dicha multiplicación implica la producción de mundos paralelos, el crecimiento de mundos posibles a través de la aceleración tanto de la experiencia como de sus productos, en especial la tecnología.

Pero la separación entre tiempo y espacio no es natural, sino que responde a los intereses del proyecto moderno⁴. El análisis histórico sobre la categoría tiempo de Koselleck (1993), demuestra que las relaciones entre los tiempos posibles está mediada por los sentidos históricos-políticos que sobre ella intervienen. De hecho la construcción del tiempo no es solo una construcción social, en el sentido de Berger y Luckmann (1993), es ante todo una construcción ideológica y política que expresa quiénes dominan en un determinado sistema de relaciones sociales, cuáles son sus intereses y los vínculos que establecen con los grupos dominados.

La división social del tiempo responde como toda división social, a la cultura dominante de una época, a los intereses de los grupos hegemónicos y sus luchas. Si bien la Iglesia fue centro y le imprimió un sentido a la secuencia histórica, la lucha del Estado absoluto frente al poder eclesial y el desplazamiento de este último por el

⁴ Aún cuando las experiencias de modernidad tienen una alta diversidad en la historia de los Estados-nacionales occidentales, lo que interesa señalar en este apartado es la centralidad en la producción de una nueva clase: la burguesía y los sistemas de relaciones constituidas alrededor del capital, presentándose este como la principal relación social desde donde se organiza la vida social.

primero produce un giro en la construcción y los sentidos dados a la relación pasado-presente-futuro entre el SXVI y XIX. (Koselleck, 1993)

El monopolio del Estado sustituyó los contenidos dados al tiempo futuro por la Iglesia, imprimiendo una lectura del pasado como pasado medieval y llenando de sentidos *liberadores* al tiempo nuevo (moderno).

La libertad como fin de toda sujeción ha sido ampliamente estudiada como rasgo del espíritu moderno. Aquí interesa resaltar cómo esa liberación es producida hacia adelante, como horizonte. El futuro se deshace de la interpretación apocalíptica y se vuelve hacia el sujeto en sentido positivo, en su capacidad de *conquista y poder*. La paradoja –como una de las principales paradojas de la modernidad– es que esa liberación implica sometimiento. (Wagner, 1997)

El doble concepto de liberación y sometimiento se expresa también en el futuro erigido y el lugar que el mismo ocupa en la construcción del tiempo en la modernidad. El sometimiento no solo mediante los mecanismos de externalización a que es sujeto el sujeto moderno, sino por el poder dominante de una ideología que lo hace posible desde la naturalización y cosificación del mundo y sus medios, del tiempo y el espacio.

La expropiación del espacio y el tiempo así como el poder estructurador que este toma sobre los individuos en la sociedad moderna bajo el ideal de libertad, libertad de acción en tiempos y espacios que antes no eran de su acceso, da cuenta del doble mecanismo de liberación y sometimiento del que habla Peter Wagner.

Siguiendo a Koselleck y con Harvey se enfatiza en que el hecho de que el tiempo sea una construcción social, no significa que ella tenga solo un contenido subjetivo (Harvey, 1994), relativo a las significaciones, sino que en efecto posee un carácter estructural, que se cristaliza socialmente y termina organizando y controlando en determinados grados la acción social.

“La forma particular en que el espacio y el tiempo se determinan entre sí está íntimamente vinculada a las estructuras de poder y a las relaciones sociales, a los particulares modos de producción y consumo que existen en una sociedad dada. Por lo tanto, la determinación de aquello que es el espacio y el tiempo no es políticamente neutral sino que está políticamente incrustada en ciertas estructuras de relaciones de poder” (Harvey, 1994)

Se entiende el tiempo en el sentido eliasiano, en su doble condición subjetiva-objetiva, a modo de develar la fragmentación que el pensamiento moderno produce sobre él y el mundo en el que actúa. La modernidad separa sociedad y naturaleza, presentándolos

como mundos independientes. Estudiar el tiempo, sus formas, es un ejercicio de deconstrucción del mundo social como compartimentos cerrados. (Elias, 2010)

Lo que la modernidad –en esencia el modo de producción capitalista- ha hecho del tiempo y el espacio ha sido una redefinición funcional a sus intereses y necesidades. Tiempo es valor. Ambas dimensiones son claves en la acumulación capitalista, por lo tanto ambas están bajo el poder ideológico del capital, estandarizando y produciendo mayor sujeción en la vida de los actores presentes en su reproducción.

El tiempo como categoría ontológica permite la elección de tiempos deseables (hacia el pasado o futuros imaginados, también futuros que traen de vuelta ciertos pasados), pero al mismo tiempo su estructuración limita los tiempos posibles. Es decir, tiene un carácter abierto hacia sus temporalidades, las cuales son producidas por sujetos en contexto, y un carácter cerrado en tanto estructurador, ya que produce un cierre hacia la construcción del presente, del pasado y también del futuro. Este doble carácter estructurador y subjetivo debe ser comprendido en su doble naturaleza, no como dualidad, sino como relación dialéctica.

Es de interés señalar este doble carácter y develar las formas reificadas o subjetivistas en que desde el pensamiento moderno se ha entendido el tiempo. En su relación con la política, en general el tiempo aparece en su dimensión estructuradora, como tiempo coercitivo y dado. Este mecanismo invisibiliza el carácter utópico del tiempo. El tiempo también producido por la política y esta como campo de transformación de la realidad, la cual no es posible si no hay transformación de los tiempos sociales.

2- Tiempo y política.

Tiempo y política han sido entendidos en una relación estructuradora, coercitiva. Esta lectura lleva implícita una comprensión del tiempo en su dimensión objetiva, la cual sin dudas explota al máximo. Sin embargo, ha sido menos comprendido en su sentido constitutivo, el tiempo como resultado de las relaciones sociales instituidas, lo cual permite comprenderlo en su sentido dinámico, productor del cambio. El tiempo no es solo una dimensión de la política, es, él mismo, una categoría política, continuum normalizado en que cristalizan los modos de organización de la sociedad más abstractos y por tanto con mayor poder estructurador. (Elias, 2010) Pero a la vez el tiempo es cambio, no solo porque se produce socialmente, por las relaciones entre sujetos y su

entorno, sino porque implica una apropiación de las temporalidades, del aquí y ahora, del pasado y el futuro.

La producción de temporalidades, los ritmos sociales diversos en contextos históricos diferentes dan cuenta de esta capacidad doble del tiempo: formador de orden y cambio. El tiempo como la política son ambas formas de organización de la vida social, ambos son procesos transformadores, que tienen lugar solo por medio de relaciones sociales dinámicas y a la vez esas relaciones se instituyen para dotar de cierto orden a la sociedad.

Tiempo y política no son procesos desconectados uno de otro, sus implicancias y sincronías van más allá de lo que el sentido común entiende por cada una de estas categorías.

El tiempo contribuye a ofrecer una perspectiva dinámica, procesual y prospectiva de las relaciones políticas: el campo político no solo es lo que *es*, sino también lo que *ha sido*, y las opciones imaginadas y deseadas de lo que *será*. La política produce tiempos, ella misma es uno de los procesos principales mediante los cuales se acoplan procesos y necesidades diversas de los sujetos que permiten su continuidad dentro de cierto orden. La producción de orden es quizás, en última instancia, la función principal de la política incluso cuando usa como medio el desorden (las revoluciones).

En tanto la política necesita instaurar un orden y una distribución del poder, produce tiempos en su sentido estructurador. No se entiende que haya un tiempo político, lo cual daría la idea de que el tiempo se define y subdivide según áreas de producción. Tal idea lleva implícito, entre otros errores epistemológicos, la clásica fragmentación de lo social. El tiempo es uno y diverso. Uno en el sentido en que se produce en *lo social*, y él mismo expresa la articulación entre todos los espacios de reproducción de los sujetos y sus relaciones sociales, no de modo fragmentado sino unitario, por ello su alto poder integrador y estructurador. Es diverso porque el tiempo es siempre producido en su dialéctica subjetivo-objetivo, es el resultado de los acoples entre las necesidades humanas y sus contextos de producción, los cuales no son solo físicos-naturales, sino sociales.

No existe un tiempo político, a lo más el (los) tiempo(s) de la política, pero son ideas muy distintas. Los tiempos de la política se refieren a las relaciones de sujeción preestablecidas por una construcción determinada del tiempo sobre los modos de organización del poder, su producción y distribución. Lo interesante es que si bien es cierto que el tiempo posee un carácter estructurador sobre la política (tiempos de la

política), él mismo es resultado de una determinada producción de la política (política del tiempo).

Tiempos de la política

En su rol estructurador del tiempo sobre la política, esta muestra sus distintas sujeciones. Una de ellas es la relación entre política de corto y largo plazo. Las relaciones entre planificación y emergencia traspasan toda la política entendida como actividad organizativa y administrativa de la vida social, y ambos procesos tienen lugar de acuerdo a una estructura determinada del tiempo y a una concepción tiempo-política.

La política en el contexto actual –y también la cubana- queda presa de una contingencia de emergencia, respondiendo siempre a situaciones emergentes y postergando una política “a largo plazo”, de transformación social.

Hartmut Rosa, en su estudio sobre la aceleración social, señala las paradojas de lo que entiende por el “tiempo político”:

Contracción del horizonte temporal/escasez incremental de los recursos-de-tiempo

- Decrecientes lapsos de tiempo para decisiones (velocidad incremental de las innovaciones tecnológicas y sociales)
- Incremento del número de decisiones necesarias, reducción del tiempo disponible por decisión.
- Decreciente horizonte de calculabilidad (contracción del presente)

Expansión del horizonte temporal/incremento de la demanda por recursos-de-tiempo

- Incremento del rango temporal de los efectos de las decisiones
- Incremento de la demanda por regulación política como consecuencia del aumento de la contingencia
- Erosión del sustrato común cultural y socioestructural para la toma de decisiones (desintegración) resultando en una demanda creciente de recursos-de-tiempo por decisión
- Demanda creciente por información y planeación como consecuencia del incremento en la variabilidad de las condiciones-de-contexto que incrementan la demanda por recursos-de-tiempo (Rosa, 2011: 40)

Para Rosa, tanto la expansión como la contracción del horizonte temporal, imprimen una estructura y modo de hacer a la política, impacta sobre las decisiones políticas. La configuración de la política deliberada de nuestras sociedades, el proyecto político y la propia promesa de la modernidad ilustrada quedan presas de la “sociedad de la aceleración”, característica de la modernidad tardía según Rosa. (Rosa, 2011: 40)

Estos procesos de expansión-concentración del horizonte temporal producen una escasez de recursos tiempo y aumento de demanda de dichos recursos, los cuales son más visibles y cobran nuevas dimensiones en la globalización, esta paradoja ha sido producida con la propia modernidad y la fragmentación del tiempo, volviéndolo un instrumento coercitivo y reificado ante el sujeto. (Elias, 2010)

Los rasgos que caracterizan ambos procesos señalados por Rosa, expresan el rol estructurador del tiempo sobre la política, cómo imprime un modo de hacer política, sus ritmos, establece el largo y corto plazo, lo urgente y lo que no lo es, define los horizontes políticos, a saber, el futuro como espacio de trabajo esencial de la política.

El tiempo como inversión y como transformación

Una de las formas de expresión de la relación estructurante del tiempo sobre la política es la interpretación del tiempo como *inversión* y el tiempo como *transformación*. El tiempo como inversión es siempre con arreglo a fines, pero esos fines deben ser “comprobables”, porque en definitiva la política es evaluada en una relación de éxito y con carácter ex post-facto⁵. Desde esta lógica el tiempo de la política, o los tiempos para la política se traducen en los tiempos para “constatar” el éxito de la política, por lo que constituye una trampa para ella, restringiéndola siempre a una relación de fines “posibles”, y por lo tanto inmediatos.

Cuando la dimensión del tiempo en la política se concibe como *transformación*, también se hace con arreglo a fines, pero no se centra en los fines en sí mismos sino en el proceso de transición *hacia* esos fines, los cuales podrán variar en la medida en que el proceso de transformación va involucrando tanto a los sujetos, sus culturas, como la misma significación de la política y por lo tanto de sus fines.

En la revolución cubana esta ha sido una constante que ha marcado la política y sus críticas. Los proyectos de transición deben ser para constituirse como tal, siempre

⁵ Sobre este rasgo se profundizará más adelante

desafiantes del “orden dado”, es decir, del sentido común, los modos naturalizados del hacer en todas las áreas de producción de lo social. No se trata solo de un cambio de contenidos, sino de métodos, sin los cuales la historia ha demostrado, esos contenidos son efímeros.

La concepción de una política centrada en la transformación, como modo de inversión a largo plazo caracterizó la revolución, al menos sus tres primeras décadas⁶. El impacto de la reforma en la concepción política sobre el tiempo no ha sido analizado en los numerosos estudios sobre la reforma, los cuales se han centrado en un análisis socioeconómico, clasista y sociopolítico pero sin profundizar en esta dimensión constitutiva del cambio. (Espina; Guanche; Valdés Paz; Carranza; Monreal)

El programa de estas primeras décadas de la revolución se dirigió a producir una reestructuración de la sociedad cubana en virtud de mayor justicia e igualdad social. El énfasis de dirigir las transformaciones hacia la educación, produciendo una cultura nueva, otro modo de entender y relacionarse con el otro y no solo quedando en el terreno jurídico-normativo o de cambio en las estructuras productivas (en sentido económico), expresa una política dirigida hacia la transformación, guiada por el largo plazo.

En el discurso del Che en el Fórum de Energía Eléctrica de La Habana, 1963, este señala que “es lógico que hayamos necesitado 5 años de trabajo para poder empezar a plantearnos la tarea futura, es decir, para sentar las bases que darán el necesario salto de calidad, para que nuestro trabajo no sea el de simples bomberos apagando los fuegos que continuamente se producían y podamos sentarnos con tranquilidad a acotar el futuro, a pensar en el futuro y a pensar en cómo transformar la naturaleza y la sociedad en forma consciente para lograr los fines de la construcción del socialismo y los fines cada vez más potentes de la sociedad cubana en estas etapas que estamos viviendo”. (Che, 1963)

La transición impactó los ritmos de la política, los tiempos preestablecidos para ella y no solo las estructuras económicas. Fue posible la transición, la transformación en las culturas políticas de cubanos y cubanas porque cambiaron las estructuras organizativas de la sociedad, dentro de ellas el tiempo. Se volverá más adelante sobre

⁶ Se establece este período hasta 1990 porque se entiende que la reforma de la economía y la política cubanas tenida lugar a partir de los años noventa implicó cambios en la lógica tiempo como transformación y como inversión, al menos como había sido producida las 3 décadas anteriores. Sobre los cambios producidos con la reforma ver Espina, 2003, 2008; Carranza, et al, 1995b; Valdés Paz, 1994)

esta idea, lo que interesa señalar a través de este ejemplo es la concepción del tiempo como transformación y su rol en la política de la transición socialista.

El tiempo como unidad evaluadora de la política

El tiempo prefigurado para/por la política –también en plural- constituye una determinación sobre ella. El orden y el cambio social tienen lugar de acuerdo a tiempos y en tiempos “presupuestos” para ellos. No es el tiempo solo la unidad en la cual transcurren los sucesos de la vida individual y colectiva, es también desde donde esta se organiza. El carácter estructurador del tiempo sobre la acción social y con ello sobre la política, condiciona límites y pautas a la política existente y a la deseada. Este fuerte rasgo se expresa en el rol del tiempo como ***unidad evaluadora de la política***.

El tiempo es en política el “momento” determinado “oportuno” para cierta acción. Esto se refiere a su dimensión subjetiva, a la presencia de los elementos necesarios para que tenga lugar dicha acción o proceso: la oportunidad política.

Esta interpretación es posible porque la política es siempre evaluada sobre la base de criterios de éxito y esa evaluación transcurre *ex post*. (Lechner, 2006:393) El tiempo juega un rol de evaluador sobre lo logrado o lo no logrado, y esto es porque él produce una relación pasado-presente-futuro en términos comparativos.

El rol comparativo del tiempo

El rol comparativo del tiempo implica que la evaluación realizada sobre la política –y cualquier acción- no esté fijada a un presentismo –aunque muchas veces aparece como tal- sino que dota a los sujetos de un cúmulo de referentes, a través de la memoria pero también de la imaginación, en donde se ponen en evidencia los vínculos con otros tiempos, en especial con el pasado, aunque no exclusivamente. La política es también evaluada en el presente pero desde el futuro, usando *lo que todavía no existe* como referente evaluador del hoy.

Las revoluciones son momentos de grandes transformaciones, pero no solo de las estructuras reconocidas clásicamente (instituciones políticas, sistemas productivos, clases), sino también de esas otras estructuras invisibles cuyo poder es capaz de sostener o dinamitar las primeras. El tiempo es una de estas estructuras de gran peso y poder en toda sociedad y sobre la que las revoluciones tienen que volcarse, no pueden dejar al margen si realmente proponen un orden nuevo.

La revolución socialista, por su carácter de transición hacia un modo de producción de la vida que transforma las relaciones de poder y sujeción del individuo y la sociedad, tiene como reto una concientización de sus tiempos: los reales y los posibles. La transición es un momento del cambio político donde conviven lo que ya no es del todo y lo que está siendo pero no se instituye totalmente. Transición implica un fuerte contenido temporal, de relaciones y estructuras en proceso de transformación, las que necesitan tiempo.

Los tiempos cristalizados en el imaginario(s) social(es), los impuestos por una cultura globalizante, predisponen también un tipo de política, con arreglo a fines y fines constatables en tiempos cortos, dominados por un presentismo⁷.

La urgencia del tiempo, determinada por su rol evaluador fundamentalmente, hace que la política producida se concentre en su relación con determinados fines, haciendo a un lado la importancia de los medios y la relación medios –fines. La herencia liberal de carácter utilitarista, se vale de esta estructuración del tiempo y la reproduce como un valioso instrumento de su sostenimiento.

El socialismo existente –ya no existente-, y dentro de él la propia experiencia cubana no siempre logró invertir la relación medios-fines, comprendiendo que el espacio de transformación de su proyecto tenía que abocarse sobre todo a los medios como parte de los fines⁸.

Política de corto y largo plazo en la transición cubana

Un tema central para la política (políticas) cubana, ha sido la tensión entre una política de corto plazo determinada por la emergencia y la necesidad de producir resultados constatables, es decir en tiempo presente, y a la vez construir políticas de largo alcance que doten de sostenibilidad el proyecto socialista.

Algunos estudiosos de la política social y el modelo de desarrollo cubano⁹ comparten la tesis de que un rasgo de la política y los modelos de desarrollo ensayados estas últimas cinco

⁷ Sobre el presentismo como el régimen de historicidad dominante en la actualidad ver François Hartog 2007 *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. (México: Universidad Iberoamericana)

⁸ Sobre la relación medios-fines en la revolución cubana ver Julio César Guanche 2012 *La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia* (Santiago Chile: Ed Universidad Alberto Hurtado)

⁹ Julio Carranza, Luis Gutiérrez, Mayra Espina, Juan Valdés Paz

décadas es la dependencia de *estrategias de resistencia*. Es decir, la imposición de una política de corto plazo que permita hacer frente a las vicisitudes inmediatas.

La condición de cierres o rupturas a las que ha estado sometida la Revolución cubana como parte de la política imperialista, explica la centralidad del corto plazo como única estrategia de sobrevivencia en un presentismo que se vuelve inmediato y al mismo tiempo de larga duración, sin límites hacia el futuro. La condición de crisis ha impuesto una imposibilidad de re-conjugación entre política y tiempo.

El ejemplo más largo y de mayor impacto ha sido la última crisis vivida a partir de la década del noventa y cuyas estrategias alcanzan el hoy. Las estrategias de resistencia han estado presente en la vida de cubanos y cubanas durante estas últimas cinco décadas casi de modo constante (micro) y también en la organización de la sociedad –su(s) modelo (s) de desarrollo, política social, externa, entre otros órdenes- (macro).

Si bien la resistencia es un rasgo identitario expresado en la historia de cubanos y cubanas, acá interesa enfatizar no el carácter heroico de la resistencia, sino su otra cara: el riesgo de una política centrada o limitada *solo* hacia y en la resistencia.

Antes debe reconocerse que la resistencia como expresión del corto plazo, en general no ha sido *una* opción política, ha sido *la* opción política y de sobrevivencia de la revolución. Mirado post-facto esta tesis introduce un problema de discusión histórica: la elección de un camino implica la imposibilidad de otros, pero sin centrarse en el debate historiográfico, lo que interesa resaltar es el contexto de inestabilidad que sin dudas ha impactado y “moldeado” las relaciones entre tiempo y política en la revolución cubana.

El gran cerco que produce el corto plazo es que la sobrevivencia es muy limitada y el presentismo sesga toda posibilidad de proyectar un futuro sostenible. La proyección del futuro necesita siempre de cuotas de autonomía. De hecho un indicador del estrechamiento o ampliación de la autonomía es cuando los sujetos pueden diseñar -o no- un futuro más o menos estructurado, a través de las relaciones certidumbre-incertidumbre que en él se producen.

Las estrategias de resistencia se convierten en estrategias coyunturales, marcadas por coyunturas de oportunidades y limitaciones muy específicas.

“Las estrategias de desarrollo «no significan, necesariamente, la existencia de planes económicos integrales ni de grandes diseños de transformación industrial»; por el contrario, tienden a ser muchas veces el resultado de decisiones prácticas y fragmentadas que tratan de dar respuesta a crisis inmediatas y a problemas de corto plazo, y no responden a consideraciones estratégicas” (Monreal, 2002:12)

Sin embargo la política cubana ha tenido que debatirse entre el corto y el largo plazo, urgida por lo emergente resultado de coyunturas de crisis, pero al mismo tiempo ha sido consiente de la necesidad de una acción de largo plazo capaz de alterar las estructuras y relaciones que le den sostenibilidad¹⁰.

Política del tiempo

Hasta acá se han apuntado los principales mecanismos mediante los cuales se reproduce el rol estructurador del tiempo sobre la política. Pero también la política produce tiempo(s), usa el tiempo como un instrumento de poder.

Las luchas políticas, la hegemonía de ciertos grupos, produce en su accionar político con y sobre otros grupos, los tiempos de la sociedad afines a sus proyectos colectivos.

En primer lugar la política define y produce ritmos, ritmos a través de los cuales delimita procesos, funciones, acciones, hechos y relaciones. La política es en sí misma ritmo, el ritmo del cambio y de la instauración de cierto orden a través del cambio.

Cuando en una sociedad se preestablecen tiempos para ciertas actividades, procesos, se instaaura un dominio sobre el tiempo, sobre sus ritmos y ello lleva implícito una profunda acción de la política sobre el tiempo.

Las transiciones, en especial la transición socialista cubana, no solo están constreñidas por el tiempo, sino que ellas mismas producen un cambio sobre los ritmos establecidos en el régimen anterior. La transición cubana ha tenido una particularidad, estar contenida dentro de una revolución y esto le da un sentido diferente, sobre todo en la relación política-tiempo.

Las revoluciones son procesos de aceleramiento, de cambios estructurales abruptos. La experiencia de la aceleración ha marcado todas las revoluciones desde la francesa en 1789 (Koselleck, 1993), precisamente porque este es un rasgo como se analizó antes, del tiempo moderno.

¹⁰ Al respecto de la política social cubana ver Mayra Espina 2008 *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*. (Buenos Aires: CLACSO). Para un análisis de la política cubana ver Juan Valdés Paz 2008. *El sistema político cubano*. (La Habana: Ruth Casa Editorial) y del mismo autor 2009 *Los procesos de organización agraria en Cuba 1959-2006*. (La Habana: Ed FANJ)

El proceso de transición socialista cubano, ha estado organizado dentro de la revolución en el poder desde 1959. Esto ha implicado que los ritmos de la transición hayan sido, y estén siendo, los de la propia revolución, sus aceleramientos y desaceleramientos.

La revolución cubana en sus primeras décadas, en especial durante los años sesenta, produjo una fuerte aceleración del tiempo, como modo de producir la transformación social y política de la sociedad. En cualquiera de los numerosos discursos pronunciados por Fidel Castro, su máximo líder, durante la primera década se hace presente un proceso de aceleración del tiempo y los procesos sociales como instrumento de la política revolucionaria.

Un ejemplo, discurso pronunciado por Fidel Castro, el 31 de diciembre de 1960 en Ciudad Escolar, también conocida como Ciudad Libertad. El año 1960 es llamado “Año de la Reforma Agraria”, pero el 1961 será “Año de la Educación”. Ciudad Escolar es un símbolo de la transformación estructural-institucional de la revolución en franco proceso de aceleración. Antes del triunfo de enero de 1959, esta era una importante base militar del gobierno de Fulgencio Batista, conocido como Columbia. Con el triunfo revolucionario este fue transformado en un proyecto al servicio de la educación, convirtiéndolo en el Ministerio de Educación. En este lugar, en vísperas de lo que sería el “Año de la Educación” Fidel expresa:

“La Revolución, al llegar al poder, encontró 22 000 maestros y cerca de un millón de niños que todavía no tenían escuelas ni maestros. Y hoy, en este momento, nuestro país cuenta con 33 000 maestros; es decir que la Revolución aumentó, en solo dos años, el 30% de los maestros que habían logrado reunirse en 50 años, digo mal, en 58 años. Y no queda hoy una sola región de Cuba sin maestros.

(...)

Y un organismo internacional que se ha dedicado al estudio y a la busca de soluciones a este problema en América Latina consideró —ese organismo de las Naciones Unidas— que podía hacerse un programa para resolver el problema en varios años, en más de 10 años, y contemplaba la posibilidad de que para el año 1970 —más que la posibilidad, la aspiración— se satisficieran todas las necesidades escolares en los pueblos de América Latina. Y decimos que esto es una posibilidad, simplemente, una aspiración, aspiración que nosotros hemos realizado en solo dos años, es decir que hemos ahorrado ocho años con respecto a lo que se consideraba un gran programa de solución de los problemas de la educación en este continente”. (Castro, 1960b)

Este fragmento demuestra el proceso de aceleramiento, consistente en producir una política que hiciera más acciones en menos tiempo cronológico. En esencia la aceleración de la revolución da cuenta del impacto de la política en el presente, su constatación en el ahora, lo cual la dota de un sentido positivo, recordando que esta es siempre evaluada en función de los tiempos. A esta aceleración expresada en el discurso y representada como un “ahorro del tiempo”, se unen los hechos de lo que fue la Campaña de Alfabetización, la cual en un año alfabetizó a 707 mil cubanos por más de 270 mil educadores/as, reduciendo el índice de analfabetismo en 3,9%, del 22, 3% que tenía 3 años antes. Este proceso es uno de los tantos a través de los cuales puede evidenciarse los procesos de aceleración característicos de la transición cubana en el marco de las primeras décadas de la revolución. La aceleración en la revolución cubana no solo era expresión de posibilidad del cambio radical, sino de la propia subsistencia de ella como proyecto político.

La aceleración que produce la revolución cubana es distinta a la aceleración del tiempo moderno, su finalidad no es el crecimiento sino la expansión de lo posible, transformando la sociedad en pos de construir la sociedad socialista.

Las revoluciones estructuran el tiempo no solo en sus ritmos, sino porque producen un nuevo modo de producción de la temporalidad. Las relaciones pasado, presente, futuro se modifican.

En la revolución cubana, el tiempo re-construido impuso con mayor fuerza un tipo de relación con el pasado y desde ella comenzó a construir su presente-futuro. Un presente-futuro donde no tuviera espacio el pasado colonial. La constitución del presente y el futuro tuvo como base de legitimación un extensivo uso sobre el pasado. En ese sentido se reapropió el pasado de los proyectos independentistas, recuérdese el ejercicio que hace Fidel y con él todo el Movimiento 26 de julio, de apropiación de la figura de Martí al situarlo como símbolo, “autor intelectual” del Programa Político Revolucionario del Moncada, por mencionar solo uno de los ejemplos posibles.

La herencia de las figuras y procesos independentistas anteriores a la revolución en el poder, es apropiada y usada en la constitución del presente político, teniendo la historia oficial un peso en ello. Pero al mismo tiempo el pasado de los proyectos políticos en el poder de la república, con claro perfil colonial al servicio de los Estados Unidos, es producido como pasado nefasto en todo sentido.

“Y este pueblo ha luchado 100 años, 100 años. Generación tras generación, luchó 100 años; decenas de miles, cientos de miles de héroes, de mártires, en ese largo

camino por conquistar esta libertad, por conquistar este derecho a llamarnos pueblo libre, pueblo soberano, pueblo independiente, dueño de sus riquezas, dueño de sus minas, dueño de sus tierras, dueño de sus fábricas, dueño, por tanto, de su porvenir “ (Castro; 1962)

“Pero la tarea que teníamos delante no era una tarea militar, era una tarea distinta, era una tarea mucho más compleja; se trataba de echar abajo todo un orden social injusto, todo un orden social anticuado, todo un orden social anacrónico, y construir una vida social nueva para nuestro pueblo.

Había que cambiar totalmente el modo de producción de nuestra sociedad por un modo de producción nuevo; había que cambiar un modo de producción que se había estado enraizando durante siglos, con todas sus tradiciones, sus costumbres, sus instituciones, sus leyes, sus ideas, sus hábitos, su educación, su organización, y cambiarlo por un modo de producción enteramente nuevo, respecto a lo cual no teníamos ni organización, ni tradición, ni hábitos, ni costumbres, ni las ideas que correspondían, ni la actitud mental que correspondía a ese nuevo modo de vida.

Sin embargo, había que realizar esa tarea; como vivíamos en el pasado no podíamos seguir viviendo. Había que erradicar aquel pasado, había que crear algo enteramente nuevo” (Castro; 1964)

Este encabalgamiento del pasado “revolucionario” y reapropiación ha constituido un instrumento de la política a fin de su propia legitimación. Es frecuente encontrar en los discursos de los dirigentes y no solo de ellos, sino de todo sujeto que buscar legitimar su acción en el marco del orden revolucionario, una referencia al pasado heroico, a los próceres y luchas producidas como patrióticas a fines a sus intereses como grupo en la lucha política.

El pasado es producido entonces en un doble modo. El presente de la revolución en el poder se instituye en relación con un pasado reapropiado, en términos positivos, el pasado de la herencia independentista; y con un pasado como antítesis, en términos negativos, representado en el modelo de sociedad puesto al servicio de los Estados Unidos antes de 1959.

Esto permite repensar la tesis de que las revoluciones implican una ruptura total –como negación– del orden precedente. Sí es cierto que toda revolución implica una reconstitución del tiempo como se ha venido señalando, en los ritmos, en los usos de sus temporalidades y en la producción de una discontinuidad en el tiempo: un antes y un

después. Respecto a los ritmos, la revolución cubana no solo produjo un aceleramiento del tiempo, también ha producido desaceleración.

El contexto actual definido por un giro en la conducción política a partir de la presidencia de Raúl Castro, evidencia un nuevo ritmo, marcado por cambios pero lejos de todo aceleramiento.

“Continuaremos avanzando con decisión en la implementación de los acuerdos del Sexto Congreso, sin prisas, pero sin pausas, repito, sin prisas, pero sin pausas, a pesar de variadas exhortaciones con sanas intenciones y otras que definitivamente no lo son. No ignoramos que quienes nos apremian a acelerar el paso nos empujan al fracaso, a la desunión y a dañar la confianza y el apoyo del pueblo en la construcción del Socialismo, o lo que es lo mismo, la independencia y soberanía de la nación cubana, que a este país solo las trajo y las mantendrá el socialismo. (...)

Que nadie lo dude, quienes hemos dedicado casi la vida entera a esos ideales, por razones obvias, nos encontramos entre los más interesados en avanzar todavía a mayor velocidad. No pocas experiencias registra la historia acerca de los nefastos resultados que ocasionan violentar el ritmo y saltarse etapas, lo cual irremisiblemente en lugar de adelantar en la materialización de un programa conduce al retroceso y la derrota.” (Castro; 2013)

Respecto a las temporalidades producidas en el contexto de la revolución cubana, no se produce una negación del pasado, sino de cierto pasado. El pasado, el presente y el futuro solo existen en plural, son espacios de constitución del tiempo socialmente, esto es, de las disputas entre distintos sujetos y procesos. En ese sentido se genera una ruptura-negación de cierto pasado, pero se reapropia otro. Esta idea además nos permite comprender que las revoluciones no son procesos que solo miran al futuro, sino que ellas son posibles precisamente por su vínculo con el pasado.

La revolución cubana marcó una discontinuidad en el tiempo. Su política estructuró el tiempo también produciendo un antes y un después. Pero ese antes y después ha sido posible hacerlo sostenible, entre otros modos, por la transformación producida en el tiempo y sobre el tiempo, en especial en las temporalidades.

La revolución, como marco de la transición socialista, también construyó futuros posibles, los hizo deseables y la política trazó los cursos para hacerlos realizables. La política tiene un alto contenido utópico. La política de la transición socialista es aún –o debe ser- más utópica, no en el sentido de irrealizable, sino en el sentido de volver posible lo imposible. (Hinkelammert, 1984)

El futuro discursado por los principales líderes de la revolución durante sus primeras décadas muestran su alto contenido utópico, y la propia política se constituyó como tal, yendo más allá del poder. El *deber* de la política socialista fue y debió sobrepasar los límites del *poder*. Solo en ese cuadro se explican como “hazañas” las obras de la política en revolución.

En Cuba se constituyó un futuro como “mejor sociedad posible”, porque se partió de una “mejor sociedad concebible”. El propio Programa del Moncada, es un documento que construye ya un futuro concebible.

Lo interesante es que el futuro que se fue constituyendo con el proceso revolucionario no estaba cargado de incertidumbre, sino por el contrario, de certidumbres y esperanzas.

“Cuando comenzó el poder revolucionario hace cinco años, nosotros estábamos conscientes de que por delante teníamos un inmenso y difícil trabajo. ¿Y cuál era la situación de todos nosotros, cuál era la situación del pueblo? ¿Y cuál era la situación de todos los dirigentes revolucionarios ante esa tarea? Era una situación de optimismo, sí, de confianza en nosotros mismos, desde luego. Teníamos la íntima seguridad de que, por grande y difícil que fuese esa tarea, marcharíamos adelante”. (Castro; 1964)

“Y esa será nuestra mejor obra, esa tiene que ser nuestra obra más importante, la generación futura, que hará posible una patria incomparablemente mejor, una patria incomparablemente más feliz y más rica que esta. (...) Sabemos que los frutos principalmente los recibirán otros, sabemos que aunque otros no sembraron para nosotros en los últimos 50 años, nosotros en cambio estamos sembrando para 50, para 100 y para todos los años venideros de la patria .

A nosotros, a nosotros y a nuestro pueblo actual, le queda una gran satisfacción: la satisfacción, por ejemplo, del campesino que ara su tierra y planta árboles no pensando en él sino pensando en sus hijos; nos queda la satisfacción de saber que somos nosotros los que le dimos un alto a ese camino triste y sin esperanza, los que les pusimos un freno a todos los males del pasado, y hemos iniciado una nueva era en nuestra patria; nos queda la satisfacción de los que siembran, nos queda la satisfacción de los que crean, nos queda la satisfacción de los que preparan un destino mejor para los que vengan detrás de nosotros. (Castro; 1960b)

La certidumbre, confianza y esperanza en el futuro dominó el presente de la transición, por ello fue posible, porque se creyó como posible incluso lo imposible. Pero la certidumbre y la esperanza no son un producto intrasubjetivo, de las experiencias

individuales, ellas están marcadas por un contexto y un ejercicio de la política. El sometimiento de la política a evaluación en el tiempo, va produciendo las (in) certidumbres, (in)credibilidades respecto al presente y sobre todo al futuro.

En la medida en que las promesas del proyecto político en el poder fueron vividas en las experiencias de los sujetos, individuales y colectivos, se fue constituyendo un vínculo de reproducción entre el presente, el pasado inmediato –en la revolución- y el futuro.

La política transcurre en el tiempo y su construcción tiene lugar a partir de una relación entre pasado-presente-futuro. El pasado político, que vive a través de la memoria política, es el marco de partida explicativo del presente de los sujetos, pero también su imagen y proyección del futuro. A su vez el futuro que se construye siempre desde el presente, no existe independiente de lo vivido o “heredado” del pasado, de su reconfiguración a través de las memorias colectivas.

La relación pasado-presente-futuro en términos de política es traducible en una relación *confianza-incertidumbre*. En la medida en que se tenga más confianza política, esto es poder de control sobre las decisiones políticas, mayor será la certidumbre, y los umbrales de la incertidumbre –intrínsecos a todo futuro- serán menores. Por el contrario, cuando la desconfianza política crece, producto de un bajo control sobre las decisiones políticas y en definitiva sobre las condiciones de posibilidad de la democracia, la incertidumbre aumenta. La certidumbre no se enfoca solo como creencia ni conocimiento, sino como poder real de incidencia, es decir, como control y participación en el presente-futuro.

Al decir de Norbert Lechner: “la confianza no elimina la incertidumbre pero permite tolerar un mayor grado de inseguridad. (...) La confianza es fundamentalmente una relación intersubjetiva que se desarrolla en la interacción social a través de una secuencia temporal (la confianza es ofrecida, aceptada y devuelta, probada y confirmada). Como tal, juega un papel preponderante en las relaciones que vinculan a los actores políticos entre sí, y sobre todo, en la génesis de la llamada “clase política”.” (Lechner, 2006:392)

Por lo tanto se entiende que la confianza es construida en el tiempo y ella expresa en sí misma una concepción cristalizada sobre el significado de la política, una percepción sobre “los políticos”, sobre el poder, la participación política, las posibilidades de la democracia.

En esta medida será más “seguro” o posible una sociedad democrática en tanto sus sujetos tengan mayor confianza política, reduzcan sus niveles de incertidumbre y puedan proyectar su futuro. Sin embargo hay que enfatizar que la certidumbre y la confianza por sí mismas no garantizan la democracia, son solo dos elementos más que constituyen un horizonte donde la condición imprescindible es la participación y control de más sujetos en el diseño de su vida cotidiana, presente y futura.

En los Estados de Bienestar la confianza política se vale de la seguridad económica, la hace su instrumento centro. Los sujetos experimentan mayores niveles de certidumbre y ello no significa que sean regímenes más democráticos, solo mejor organizados o diseñados políticamente para “mantener” la reproducción de un tipo de poder y de clase como dominante, a través de más y mejor enajenación.

El futuro se presenta como ese espacio temporal que mediante la imaginación política da cuenta de los niveles de certidumbre-incertidumbre de los sujetos en cuanto a la política presente. El futuro no habla solo de un escenario deseado, sino de sus condiciones de (im)posibilidad: del presente y el pasado.

Norbert Lechner en su ensayo *Los patios interiores de la democracia*, sostiene que: “la práctica social requiere tiempo para adquirir sentido. Hay que tener tiempo; es decir, estructurar el tiempo de manera que no se diluya en una serie de instantes sin rumbo. (...) Presumo que el tiempo no es solamente una variable externa o condición previa de cualquier acción política sino también un objeto de decisión política. *Hacer política implica estructurar el tiempo.*” (Lechner, 2006:380)

Lechner pone énfasis en la última frase porque comprende la relación de dependencia entre tiempo y política. Pero como se ha señalado hasta acá sus relaciones son de interdependencia: la política estructura el tiempo, en tiempo o tiempos, sus ritmos, secuencias y temporalidades, pero también esta está constreñida en una determinación del tiempo moderno. El carácter coercitivo y no solo organizador del tiempo demuestra cómo este además de ser un símbolo de relaciones sociales históricas, es reificado a tal punto que termina estructurando los marcos de lo posible.

3. *Las revoluciones del tiempo en el tiempo*

La transición en Cuba no ha sido un proceso homogéneo, ni lineal. Este ha estado constituido por cambios, secuencias de reformas dentro de la propia transición, al punto que para algunos se trata de transiciones dentro de la transición. (Alonso; 2007)

El período revolucionario debe ser entendido a partir de los rumbos institucionales y de la política que fue marcando distintas etapas, las cuales no solo representan giros estructurales sino también de las concepciones del tiempo. Las experiencias del tiempo, en especial del pasado y el futuro varían. Es desde esa ruptura temporal que un presente instauro respecto al *antes* y el *después* lo que hace posible las transiciones.

Juan Valdés Paz, establece una periodización del sistema político cubano en los siguientes períodos: 1959-1961; 1961-1966; 1966-1975; 1975-1994. (Valdés; 2009) Cada uno de ellos es definido fundamentalmente por la institucionalidad existente, la normatividad representada a través de un orden constitucional, así como la democratización o “democraticidad” que acompañó estos períodos de transiciones. Junto con él otros autores tienden a realizar un análisis más estructural-institucionalista de las reformas dentro de la revolución, desde el cual sostienen sus periodizaciones. Los cambios producidos en las temporalidades, sin embargo, no pueden ser concebidas solo desde lo estructural -aún cuando en sociedad el tiempo es una de sus estructuras fundamentales sino la más-, se necesita también observar cómo ocurren esas variaciones y rupturas en y desde las subjetividades y las experiencias. El tiempo es estructura y experiencia, su doble carácter impone superar entonces los análisis estructurales y subjetivistas para dar cuenta de las conexiones entre ambas dimensiones del cambio social.

En este sentido, para ir dando cuenta de cómo se expresan y producen en las concepciones del tiempo (producción de ritmos y temporalidades) las transiciones dentro de la revolución, se propone una secuencia temporal de la transición más flexible. Es difícil poder situar la transformación y los procesos de transiciones a partir de un momento específico, un evento o hecho. Si bien es cierto que ciertos acontecimientos visibilizan giros en la vida social, esos cambios solo son posibles de instituirse si ha habido un período previo de transición hacia ese cambio, si ha habido una transformación cultural. Suelen en la historiografía cubana –y en la historiografía en general- tomarse ciertos hechos como parte aguas entre un antes y un después. En realidad los hechos -leídos siempre a posteriori como parte aguas- son solo contruidos en el tiempo como tal y en última instancia son símbolos de un proceso de cambio y ruptura que los excede, hacia atrás y hacia adelante.

En este sentido, se entiende que en Cuba han habido varias rupturas-continuidades dentro de la revolución en las cuales se han producido ritmos y

producción de temporalidades diferentes, las que responden a los contextos históricos que ha vivido la revolución, al mismo tiempo que estos cambios inciden en esos contextos. La periodización que se propone, al no poder situar la transición en un momento fijo por lo antes expuesto, entiende los años sesenta como una primera etapa, los setenta una segunda, los ochenta la tercera y los noventa la cuarta. Aún cuando el inicio del siglo XXI introduce cambios dentro de lo que se considera la cuarta etapa, en términos de los principios que rigieron la reforma de los noventa, el cambio cultural, en las subjetividades y en la producción del tiempo tienen una continuidad hasta hoy.

Valdés Paz, Joel C. Edelstein, Fernando Martínez (1999) entre otros estudiosos de la transición socialista cubana, identifican el período 1959-1961 como el momento de una aceleración social. En esta periodización existen diferencias entre los autores, según los procesos que es de interés resaltar conciben esta primera etapa de 1959 a 1963 (Valdés Paz, 2009), o lo concentran en los tres primeros años (Martínez Heredia; 1999). Como no es interés centrarse en el análisis de los límites marcados por cambios en la institucionalidad que se estaba gestando en el país, no se trabajará con este estilo de periodización, sin embargo no se desconocerá, ya que sin dudas los cambios en la institucionalidad son interdependientes con las rupturas-continuidades del tiempo.

Lo que es de interés resaltar para este ensayo es que estos primeros años que extendemos durante todos los sesenta, y de modo especial durante sus primeros siete años, se caracterizaron por un fuerte proceso de nacionalización, no solo institucional sino también en la cultura política de cubanos y cubanas que comienza a forjarse. El rol de los líderes políticos y el tipo de vínculo que establecen con el pueblo son una muestra de ello.

Es el período en que se produce una política a largo plazo pero reconociendo las demandas en el corto plazo de la ciudadanía. En realidad no se produjo una política del largo plazo en sustitución del corto plazo, como algunos autores plantean (Edelstein, 1996), sino que la política socialista reconocía como único medio para solucionar los problemas del corto plazo, el largo plazo. Este es uno de los rasgos de interés para profundizar en la interpretación sobre los futuros de Cuba.

La comunión entre proyecto colectivo de nación y proyectos individuales fue posible porque la revolución se democratizó, no solo al declarar una revolución de los humildes y para los humildes, sino que actúa en su favor y reconocimiento.

Si se toman como ejemplo cualquiera de las grandes reformas de estos años, la reforma agraria o la campaña de alfabetización, pueden entenderse a través de ellas la

puesta en marcha de una política del largo plazo pero a su vez, realizada en el corto plazo, no divorciando una concepción del tiempo con otra, sino logrando unir las en un acto no menos que heroico.

Este es un cambio que produce la revolución en la concepción del tiempo moderno, como estructurador de la política, donde corto y largo plazo se hacen irreconciliables.

Otro rasgo del período es su ruptura con el pasado, pero esta ruptura con el pasado no era solo el medio para instaurar un orden nuevo, sino que era la única vía de construir un proyecto opuesto a los anteriores. Así como el largo plazo es el medio en la transición para hacer posible una política de corto plazo, es decir, articular el futuro con el presente individual y colectivo, la ruptura con el pasado es la única vía de construir un futuro para Cuba, también en ambos planos.

Este período de constitución del poder revolucionario (Valdés, 2009), de un *espíritu* nuevo del pueblo (Martínez, 1999), no da cuenta solo de un gran poder político, sino social. La articulación entre proyecto nacional y proyectos de vida individual, el encausamiento de las aspiraciones individuales dentro del marco de país proyectado, imprimen un futuro diferente en Cuba.

Son los años de *La era está pariendo un corazón* (1968) donde Silvio Rodríguez canta: *La era está pariendo un corazón./ No puede más, se muere de dolor,/ y hay que acudir corriendo/ pues se cae el porvenir/ en cualquier selva del mundo,/ en cualquier calle./ Debo dejar la casa y el sillón./ La madre vive hasta que muere el sol, y hay que quemar el cielo/ si es preciso, por vivir./ Por cualquier hombre del mundo, por cualquier casa.*

La certidumbre que caracteriza no solo a los líderes políticos, sino al propio pueblo, es tal vez el símbolo del tipo de futuro que se constituía y por tanto de las condiciones de un presente ya en sí utópico¹¹.

Según Haroldo Dilla (1996), la ideología y el liderazgo político de estos primeros años dejaba muy poco espacio a la incertidumbre, se proyectaba una política segura, certera, en la medida en que dejaba muy poco espacio a la incertidumbre acerca de la triple interpelación sobre lo existente, lo mejor y lo posible. Y esto porque se

¹¹ En el sentido no de imposible, sino de volver posible lo imposible mediante el reconocimiento de sus límites, tal como señala Hinkelammert 1984 en *Crítica a la razón utópica* (San José:DEI)

trataba de un proyecto que interrelacionaba las percepciones de la vida cotidiana, y sus problemas, con el discurso y la práctica política.

En una etapa tan azarosa, como los primeros años de la revolución en el poder, tanto por la falta de experiencia como por el amenazante contexto externo y en parte interno que tenía como centro la relación con Estados Unidos y el rompimiento de las mismas, lo llamativo es cómo la certidumbre se apodera de la construcción del futuro.

“Cuando comenzó el poder revolucionario hace cinco años, nosotros estábamos conscientes de que por delante teníamos un inmenso y difícil trabajo. ¿Y cuál era la situación de todos nosotros, cuál era la situación del pueblo? ¿Y cuál era la situación de todos los dirigentes revolucionarios ante esa tarea? Era una situación de optimismo, sí, de confianza en nosotros mismos, desde luego. Teníamos la íntima seguridad de que, por grande y difícil que fuese esa tarea, marcharíamos adelante”. (Castro, 1964)

“Pero la tarea que teníamos delante no era una tarea militar, era una tarea distinta, era una tarea mucho más compleja; se trataba de echar abajo todo un orden social injusto, todo un orden social anticuado, todo un orden social anacrónico, y construir una vida social nueva para nuestro pueblo”. (Castro, 1964)

Este es el período donde se produce una fuerte conciencia sobre el rol del futuro, la necesidad de constituir un futuro realizable. Hacia él se encamina la política en todas sus esferas y ello impacta las subjetividades. “La “generación de los sesenta” se caracteriza no solo por las hazañas de grandes programas que fundieron lo colectivo con lo individual, sino porque vivenciaron una gran movilidad social ascendente y una activa participación”. (Domínguez; 1998)

“Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la calificación incluso de nivel superior, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica. Constituyeron también un grupo de transición en cuanto a valores y normas de conducta” (Domínguez; 1998: 28)

La confianza política y la seguridad vivenciada tanto por los líderes políticos como por el pueblo, en un contexto de efervescencia, donde las amenazas a la revolución eran directas e impactaban al proyecto y la vida de cubanos y cubanas¹²,

¹² El bloqueo económico, financiero y comercial impuesto por E.U hacia la isla, las agresiones armadas, la formación de grupos contrarrevolucionarios dentro del país y la política de terrorismo de Estado son algunas de las pinceladas de este cuadro que fue formándose dentro de una política de hostilidad de E.U hacia Cuba desde el mismo triunfo.

paradójicamente impregnan el sentir de estos años. La certidumbre caracteriza la construcción del futuro. La esperanza comienza a encontrar espacio en la revolución, también porque esta produjo un despegue de las aspiraciones sociales.

Es el período en que según Martínez Heredia: “la gran diversidad social cubana fue afectada profundamente y en un plazo muy breve. (...) Re-identificaciones –y nuevas identificaciones- se producían en un tiempo muy breve, atinentes a la soberanía, la nación, la justicia social, la igualdad, el poder del pueblo, el enemigo; y un terreno más íntimo, atientes a la propia entidad de las personas en cuanto a creencias, fuerza propia, deberes, expectativas, virtudes, derechos y destino. (Martínez, 1999: 85)

Para este autor la nueva política no contaba tanto con organización como con emoción (Martínez, 1999:91) Esta interpretación reconoce junto a otros autores, la constitución de una subjetividad social nueva. La revolución del tiempo, sus temporalidades, ritmos, el presentismo que cobró el futuro en estos años, son una expresión directa de tales transformaciones.

Las etapas posteriores fueron produciendo un tiempo –como continuum- a la revolución. Con ello quiere decirse que la transición fue haciéndose *en el tiempo, con tiempos*. Este despliegue en el tiempo cronológico significó vida y experiencias acumuladas para el proyecto. Se acumularon aciertos y fracasos. El paso de los años fue marcando logros y también desviaciones.

Los setenta...

La década del setenta expresa un giro con el período anterior en términos de política y de subjetividad. Es el contexto de la zafra de los 10 millones, la cual se construyó como una nueva revolución dentro de la revolución. Siguiendo el espíritu de las transformaciones de los sesenta, esta también intentó revertir la relación tiempo-política. El logro de esta meta no era solo económico –la producción de 10 millones de toneladas de azúcar en un año, siendo este su principal rubro- sino también ideológico, un símbolo de la capacidad de la revolución por sobre las fuerzas naturales y también sociales.

La zafra alteró en todo sentido el tiempo, incluso el tiempo cronológico, implicó el involucramiento de casi todo el país en este fin. Los trabajadores terminaban sus tareas cotidianas e iban a cortar caña, otros dejaron sus funciones por varios meses y se

concentraron en la gran movilización. Más de cuatrocientos mil trabajadores se fueron a los campos a fin de poder hacer posible el futuro inmediato. En regiones como el Oriente, incluso los centros nocturnos se cerraron. La zafra impactó toda la vida cotidiana, su lógica espacio-temporal, pero también las subjetividades.

Así como este hecho dio cuenta de cómo se funden los sueños y creencias colectivos con los individuales, los de los máximos dirigentes del país con el pueblo, también significó un impacto en las experiencias del fracaso. El espíritu *sobrepoderoso* o *todopoderoso* del proyecto revolucionario queda cuestionado a escalas amplísimas. No solo porque movilizó a todo el país, dirigentes, trabajadores, amas de casa, niños y jóvenes, a la familia en general de la cual salían sus miembros para estar casi un año haciendo posible esta nueva obra de la revolución, sino porque la posibilidad de hacerla real, la esperanza y fe en el presente-futuro se consolidaba logro tras logro. No cumplir con la meta de los 10 millones además de las implicancias en el orden económico –del modelo económico- fue sobre todo un impacto para la política, su intento de dominar y reestructurar al tiempo más allá de las condiciones que hacen posible esa transformación fue un fracaso político.

En el plano de la subjetividad colectiva, se procesa tanto el sacrificio, la frustración como una continuidad de la certidumbre, la fe en el futuro como un futuro no solo deseado sino también posible¹³. Según Valdés Paz: “Sufrimos demasiado tratando de conseguir una meta, pero nos la creímos. Aquel fue el momento en que la sociedad cubana ha tenido un mayor nivel de movilización en la lucha por una meta fijada por la dirección de la Revolución”. (Valdés Paz; 2012)

En el discurso pronunciado por Fidel el 19 de mayo de 1970, a solo unas semanas de concluir la zafra, en el Acto de recibimiento de once pescadores secuestrados, este ya antecede el impacto en la subjetividad que este proceso implicaría: “Si nosotros no hacemos los 10 millones tendremos dos cosas: una derrota moral incuestionable. No hay duda. ¿Y eso por qué? Porque nosotros creemos sinceramente que existían las condiciones objetivas para imponerse y alcanzar una meta de esa naturaleza.

¹³ Aún cuando la zafra de 1970 no alcanzó los diez millones de toneladas, superó los ocho millones, siendo la mayor de la historia hasta ese momento. Al respecto de las condiciones e implicancias de la zafra de 1970 ver: Valdés Paz, Juan; Díaz; Selma; Díaz, Julio A. (2012) . La zafra de los diez millones: una mirada retrospectiva. En <http://www.rebellion.org/docs/168474.pdf>

Si esa meta no se alcanza, solo sobre nosotros mismos, sobre los revolucionarios, habrá que buscar las causas, las razones, que no son objetivas y que son subjetivas. Tendríamos que hacer el recuento de todas nuestras debilidades, ineficiencias, que todavía nos quedan en el proceso revolucionario. Tendríamos que sacar esa cuenta, pero con valentía. Afrontar una derrota. Sí. Moralmente no alcanzar los 10 millones sería una derrota. No hay la menor duda.

Subjetivamente para nosotros significaría que estuvimos por debajo de las posibilidades, significaría que no fuimos capaces de alcanzar esa meta. Objetivamente no. Nosotros no tenemos la menor duda de que lo que el país está haciendo hoy y lo que el país está logrando hoy significará un récord de incremento de producción que no se ha logrado jamás en la historia económica de ningún país, incluso un récord que ni nosotros mismos volveremos a alcanzar jamás. Y una buena prueba de ello es que dos meses antes ya hemos dejado atrás el máximo de producción de los capitalistas”. (Castro, 1970)

La certeza en el futuro sigue constituyendo un pilar de la revolución, al mismo tiempo que esta es la que hace posible esa experiencia subjetiva sobre las temporalidades, en especial sobre el porvenir. Silvio sigue cantando Cuba Va: *Puede que algún machete/ se enrede en la maleza/ puede que algunas noches/ las estrellas no quieran salir/ puede que con los brazos/ haya que abrir la selva/ pero a pesar de los pesares/ como sea, Cuba va.* (1970)

Sin embargo el cursar temporal y vivencial de la transición, esto es, su devenir cronológico y los fracasos, sobre todo en materia de modelos económicos, impulsados siempre por un tipo de política que iba centrándose cada vez más en la decisión de los dirigentes y no en un proceso democratizador, fue moldeando esas certidumbres, las experiencias del tiempo, los futuros imaginados y las evaluaciones sobre el pasado.

Yo no reniego de lo que me toca,/ yo no me arrepiento pues no tengo culpa ./ pero hubiera querido poderme jugar/ toda la muerte allá, en el pasado,/ o toda la vida en el porvenir que no puedo alcanzar./ Sé que hay que seguir navegando./ Sigán exigiéndome cada vez más,/ hasta poder seguir/ o reventar. (Silvio Rodríguez,1970)

Se ha tomado el ejemplo de la zafra no solo para dar cuenta de cómo la política estructura todo orden posible –incluso el de los días y las horas- sino para ir mostrando las variaciones que estarán presentes, tanto en los ritmos como en los pasados y futuros contruidos en este período. Con ello no se considera que la zafra haya sido ese momento de ruptura con el espíritu certero y acelerado de los primeros años del triunfo,

de hecho ya en los discursos de la segunda mitad de los sesenta comienzan a notarse visos de una mirada retrospectiva y no solo proyectiva dentro de la propia revolución, reconociendo ciertas fallas y previendo rectificarlas, pero el espíritu sigue siendo una certidumbre total en el futuro, un ritmo acelerado que lucha por separarse en tiempo y formas del pasado colonial e instituir en el presente-futuro una nueva sociedad.

Los setenta y ochenta marcan una relación más estrecha con la URSS, las cuales habían comenzado desde 1960. La entrada de Cuba como miembro al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) después del fracaso de la zafra de 1970 y el apego a un proceso de organización y funcionamiento político cercano al de la Unión Soviética, trajo entre otras la centralización como principal medio de producción de la política. El centralismo caracterizó tanto la organización de la economía como el resto de la política. El centralismo democrático es el diseño en que se encauza el modelo de democracia, ubicando al Partido como institución principal de funcionamiento del sistema político. (Valdés Paz, 2009)

Los ochenta

El crecimiento de mejores condiciones económicas impactó la vida de cubanos y cubanas durante estos años, en especial durante los ochenta donde se vive un estado de bienestar, pero junto a ello también creció la burocracia, la deformación del sistema político, una política paternalista y verticalista que revertía poco a poco el proceso de participación y democratización vivenciado durante la primera década. El diseño institucional no potencia el control popular y la ampliación del debate público en esta etapa, se produce una separación entre un alto mando donde se centralizan las decisiones y el resto de los grupos sociales. (Dilla; 1996; Valdés Paz, 1996; Espina, 2008)

Para algunos autores como Mayra Espina la transición hasta 1975 tiene un carácter ecléctico, donde se interconectan tanto una participación directa y poco formalizada, de contacto entre pueblo y líderes, como construcción y visibilización de las demandas sociales y de legitimación del poder, con caracteres de la experiencia soviética, por ejemplo la identificación de la propiedad social con la estatal y la alta centralización de la vida económica y social. (Espina; 2008)

Lo que mina este período en la construcción de los tiempos es una cierta desaceleración, o al menos ritmos distintos a los vividos en la primera década. Los pasados producidos ya no solo son el pasado de la república colonial, en sentido negativo, y el pasado de las herencias independentistas y antiimperialistas, en sentido positivo, sino que se

diversifica en un tercer pasado: el pasado inmediato de la propia revolución en el poder. La revolución comienza a construir su pasado, no solo porque se ha producido el tiempo como duración, sino porque ha habido una acumulación de hechos, experiencias que son en sí la revolución.

Silvio escribe en el ochenta y ocho: *En busca de un sueño van generaciones. /En busca de un sueño/ hermoso y rebelde./ En busca de un sueño que gana y que pierde.(...) En busca de un sueño/ partí con mi día./ en busca de un sueño/ que no hay todavía.*

La mirada retrospectiva comienza a tener espacio en los discursos e imaginarios. Los cubanos ya no solo miran al futuro y construyen su futuro a partir de anular un pasado específico y legitimarse, apropiarse de otro, sino que empiezan a producir el propio pasado de la revolución. Este pasado responde a un ejercicio evaluativo sobre la política fundamentalmente. El pasado está cargado siempre de valoraciones. El recuerdo y la memoria no son el registro *objetivo* de hechos ocurridos *antes de*, sino la percepción valorativa de esos hechos, la vivencia sobre la vivencia constituida siempre desde un punto movedizo.

Con esto se afirma que el pasado no es uno, uniforme y homogéneo pero el presente tampoco. Los sujetos se relocalizan en el presente y esa relocalización también impacta en sus pasados, en los pasados producidos por él y los futuros. Al mismo tiempo la relocalización de los sujetos en el pasado, esto es por la memoria de otros sujetos y la propia, por la historia, genera una movilidad de ellos en el presente y futuro.

El Proceso de Rectificación de Errores y Conductas Negativas que se formaliza a partir de 1986, pero que tiene sus antecedentes desde años antes, es un ejemplo del rol del pasado en la transición, un rol nuevo, de evaluación sobre el propio curso interno de la revolución. El propio discurso oficial mezcla el espíritu orientado al futuro con la crítica al pasado de la transición.

“Ya hemos cumplido algunos programas desde que surgieron las ideas revolucionarias, desde que iniciamos la lucha contra la tiranía. El Programa del Moncada no solo se cumplió —el Programa del Moncada se cumplió en relativamente poco tiempo, en los primeros años de la Revolución—, sino que el Programa del Moncada se sobre cumplió ampliamente; lo que la Revolución hizo a lo largo de estos 25 años, es mucho más de lo que nosotros podíamos soñar en aquellos tiempos. De modo que no será para nosotros nada nuevo aprobar un programa y cumplirlo, pero debemos saber los requisitos que exige el cumplimiento de un programa.

El cumplimiento del Programa del Moncada exigió mucha lucha, muchos esfuerzos y muchos sacrificios; pero se cumplieron los requisitos para llevar adelante aquel programa, para cumplirlo y sobre cumplirlo. Por eso es necesario que nosotros estemos muy conscientes de cuáles son las premisas para cumplir este Programa, y a ello se debe precisamente, que hayamos dedicado casi todo el tiempo de nuestra sesión diferida al proceso de rectificación de errores y de lucha contra las tendencias negativas. (Refiriéndose al Proceso de Rectificación) Por eso es tan amplio, porque abarca toda la actividad revolucionaria y la necesidad de rectificar allí, dondequiera que hayamos cometido errores o que se hayan desarrollado tendencias negativas en nuestro proceso revolucionario.

No poco tiempo ocupó en nuestras sesiones finales el problema, precisamente, de la organización del trabajo y los salarios, y los problemas de la disciplina laboral, del aprovechamiento de la jornada de trabajo, los interruptos y todas esas cuestiones, de gran trascendencia para la vida de nuestro país y de la Revolución; bastante tiempo llevó también lo relacionado con esa cuestión tan fundamental y tan decisiva para el futuro, que es la exigencia y la eficiencia en la educación” (Castro, 1986)

En este fragmento Fidel expresa no solo un proceso de evaluación hacia la política y el curso de la transición, sino que sigue ubicando el futuro como espacio orientativo del proyecto. Esta mirada al pasado es condición para hacer presente el futuro. No se trata de un pasado idealizado, ni añorado como sí se produce a partir de los noventa. Tampoco hay un énfasis hacia pasados antes del triunfo de 1959 como caracterizó la década del sesenta, sobre todo los primeros cuatro años.

La transición no llegó a completarse en los períodos anteriores a la crisis de los noventa. (Espina, 2008) La igualdad y la eliminación de desigualdades no fueron alcanzadas de modo estructural en las tres primeras décadas de la revolución. “El socialismo cubano no llegó, aun antes de la crisis, a completar sus tareas de transición. No estaba configurado totalmente y no podían estar, por tanto, resueltos totalmente los problemas inherentes a la superación de desigualdades y desventajas sociales. Su composición social, incluso con anterioridad a la crisis y la reforma, aunque había avanzado considerablemente en materia de igualdad, era diversa y expresaba diferentes grados de acceso a las ventajas sociales y satisfacción de necesidades”. (Espina, 2008: 112)

Este cuadro permite comprender los giros producidos a partir de los noventa. Tanto en plano de las temporalidades: la constitución de un pasado construido críticamente respecto a la revolución pero también como historia de sus logros; así como las consecuencias de un modelo económico insertado en el campo socialista, el cual permitió una creciente satisfacción de las necesidades de cubanos y cubanas pero desde una perspectiva paternalista, ensanchando el poder y espacio del Estado y sus estructuras frente al poder del pueblo.

Los noventa más allá de una década

Cuando niño yo saqué la cuenta/ de mi edad por el año dos mil/ (el dos mil sonaba como puerta abierta a maravillas que silbaba el porvenir)./ Pero ahora que se acerca saco en cuenta/ que de nuevo tengo que esperar,/ que las maravillas vendrán algo lentas porque el mundo tiene aún muy corta edad. (Silvio, 1989)

La crisis de los noventa ha sido leída sobre todo desde el plano económico (Carranza, Monreal, Gutiérrez, 1995; González, 2002) y sociopolítico (Guanche; 2012; Valdés Paz, 2009; Espina, 2008), pero en ninguno de los dos campos se han realizado estudios que den cuenta de las transformaciones producidas sobre el tiempo, en las relaciones tiempo y política en el período.

La reforma socioeconómica y política – institucionalizada en la Reforma constitucional de 1992)- expresa una nueva transición dentro de la transición. (Alonso, 2007) Cuba se encuentra a partir de estos años en la encrucijada de seguir siendo socialista, seguir un proyecto en favor de las mayorías, pero cambiando las nociones de igualdad y justicia social, y haciendo de su modelo algo más ecléctico de lo que ya era.

La emergencia de lo económico empieza a ganar terreno sobre el campo de la política, teniendo un segundo momento de fuerte empuje a partir de la “actualización del modelo económico”, esta segunda reforma que profundiza la de los noventa e inserta cambios nuevos y áreas de acción como la política social. Esta reforma ha tenido lugar desde 2010 con el Proyecto de Lineamientos de la Política Económica y social del Partido y la Revolución, los cuales fueron aprobados en abril de 2011.

El período que va desde los noventa hasta la actualidad es un momento de desaceleración, no solo en el campo de las políticas, sino de la propia subjetividad. Sin

embargo, en cuanto a ritmos, la segunda reforma producida a partir de 2010 pareciera mostrar un giro en los ritmos producidos durante los años anteriores. Los cambios propuestos estarían dotando de cierta des-desaceleración. Sin embargo esta ha sido una de las principales críticas realizadas a los cambios, su lentitud y no contar con un cronograma que los haga efectivos en el corto plazo. Los ritmos producidos desde la década del noventa comparten un rasgo fundamental con el presente de Cuba más allá de la continua desaceleración, la imposibilidad de determinar y controlar esos ritmos. La espera, el no poder vislumbrar cambios en períodos de tiempo determinados, se une con la dificultad para proyectar el futuro. Es en este período donde se problematiza el futuro, desdibujándose como proyecto. El futuro comienza a reconfigurarse desde la incertidumbre y el aplazamiento.

En las etapas anteriores el futuro seguía siendo un pilar sostenedor de la revolución, había una sociedad proyectada, y hacia ella se dirigían proyectos individuales y colectivos, o en relación a ella se separaban, quedaban al margen, pero existía ese horizonte. En los noventa el futuro se pierde, se deslocaliza ensanchándose el presente. Las crisis tienden a volver todo el tiempo en un presentismo, el aquí y ahora. La resistencia se produce en el presente, sin embargo, una resistencia que no haga uso del pasado y del futuro, es una resistencia efímera.

El presentismo del aquí y ahora, de resistir y sobrevivir al hoy, se instituyó con un carácter espacial en los noventa y no ha dejado de dominar la producción de la vida cotidiana de cubanos y cubanas estas últimas décadas.

Los ritmos de los cambios, de la experiencia revolucionaria fueron acoplados a las demandas y cursos del proyecto mismo. La crisis de los noventa expresa un momento de desaceleración en todos los niveles, no solo económico.

Cada período, como momento de transición dentro de la transición, o transiciones sucesivas, se vale de una ruptura temporal también, y en esa ruptura se constituyen nuevos pasados, nuevos presentes y futuros. Los noventa producen un nuevo pasado que comienza a convivir con aquellas representaciones del pasado colonial, el pasado heredero de las luchas independentistas (sobre todo en las generaciones que tuvieron experiencias más cercanas en el tiempo y en su socialización a estas realidades), y el pasado propio de la revolución (en las generaciones que han crecido y

vivido dentro de la revolución en el poder, en especial el pasado de los ochenta y los sesenta).

La particularidad de los años ochenta, el estado de bienestar producido en esos años, amparado en las relaciones con el campo socialista, produjeron otra sociedad. La vida cotidiana quedó impactada por una fuerte política social. La igualdad y la justicia social parecían haberse alcanzado. Fue un momento de expansión de las expectativas sociales, las cuales se habían venido ensanchando con el triunfo mismo.

Según María Isabel Domínguez: “La socialización de la generación de los 80 tuvo sus peculiaridades. El incremento de los niveles de consumo de la población, tanto a través de los fondos sociales como en el área del consumo individual, enmascaró el estancamiento económico que se había iniciado y que evidenciaba las limitaciones del modelo de planificación y dirección de la economía adoptada. La imagen que se formó fue la del crecimiento económico a partir del crecimiento del consumo. Ello contribuyó a fomentar la elevación de las expectativas de la población y en especial de la juventud, reforzadas por distintas instituciones socializadoras como la familia, la escuela y los medios de difusión.

Sin embargo, esa elevación de las expectativas se producía en un momento en que la estabilidad social lograda y la menor dinámica de crecimiento económico reducían el ritmo de la movilidad social ascendente para esa generación”. (Domínguez, 1998: 29)

El futuro entonces no solo era cuestión de fe y certidumbre, era posible y real. La imposibilidad de mantener el curso del bienestar de esos años en las décadas siguientes, genera una ruptura entre las expectativas y las posibilidades para su satisfacción. Según Domínguez se produjo un desbalance entre la socialización y la participación, donde primó la primera. (Domínguez, 1998) Con ello se enfatiza en que si bien la dimensión económica tuvo un peso fundamental en esta ruptura y los modos en que serán procesadas las temporalidades en lo adelante, sería un reduccionismo explicarlo solo desde allí.

La ruptura se produce en el terreno de las subjetividades, en la configuración de las generaciones, también por condiciones sociopolíticas y por la propia historia de la revolución. Cuando se analizan los primeros años de este proceso, las necesidades económicas también fueron un fuerte constreñimiento al proyecto. No hubo derrumbe del campo socialista porque tal cosa no existía aún para Cuba, pero hubo derrumbe del campo norteamericano, el cual era el centro de subsistencia de Cuba en una fuerte

dependencia. Pero esa Cuba tenía pasados diferentes a los que se producen a partir de los noventa. A la Cuba de los sesenta solo le quedaba apostar por el futuro, un futuro que rompiera totalmente con el pasado colonial. La Cuba de los noventa ya ha pasado y está en un proceso de Rectificación, es una Cuba que ha vivido las grandes hazañas y sacrificios, que ha vuelto posible lo imposible pero que también reconoce las imperfecciones, los errores.

Es ya un proyecto que cuenta con más de cuatro décadas de vida, donde se han socializado varias generaciones, impactadas por estas transiciones y por lo tanto con una imagen más heterogénea sobre lo que es, ha sido y puede ser la revolución, también de lo que no puede ni debe ser.

El peso del paternalismo recae con fuerza a partir de la crisis de los noventa donde se comienza una paulatina “liberalización” del Estado. Este proceso descoloca a los sujetos hasta hoy, los cuales siguen viendo en el Estado la principal figura responsable de la vida ciudadana. Visión que permanece en aquellos grupos con mayores desventajas sociales, las cuales no pueden sobrevivir con una “liberalización” del Estado y que por sí mismos no pueden satisfacer sus necesidades básicas. (Ortega, 2010)

Este proceso de reducción del carácter paternalista y el impulso de una reforma que promueve un sujeto más activo y responsable de su propio bienestar, pero que contradictoriamente no impulsa una participación integral, en todos los cursos de la vida, explica una cierta desilusión, esa ruptura con las aspiraciones y expectativas en las que se socializaron las generaciones antes de los noventa.

“A partir de ese momento se inició un relativo desfasaje entre las aspiraciones de los jóvenes y las posibilidades sociales de satisfacción para todos, así como entre esas aspiraciones y los esfuerzos individuales desplegados para materializarlas”. (Domínguez, 1998: 29)

En un reciente estudio sobre culturas políticas en Cuba (Ortega; Torres, 2014), uno de los testimonios que se recogen muestra tanto las visiones sobre uno de los pasados inmediato de la Cuba actual, el pasado idealizado, al cual se quiere volver, así como las rupturas que se producen entre estos dos períodos y las características de ese Estado de bienestar de los ochenta, en el que las desigualdades existían pero eran percibidas más en el orden sociopolítico, ya que las condiciones socioeconómicas permitía ciertos planos de “igualdad”.

Cuando empecé a trabajar en el ochenta y tres yo ganaba 111 pesos, 55 en una quincena y 56 en la otra —y disculpa que me meta— pero es algo que nos toca a todos. Yo llegaba al Mercado Centro¹⁴ con mis 55 pesos y hacía una factura, compraba maltas, helado y le compraba juguetes a mi sobrino. Es verdad que la vida cambia, que la crisis es a nivel mundial, que la economía, toda esa serie de cosas, pero ¿cómo se explica que si todos nacimos con la revolución nuestros hijos tengan que pasar tanto trabajo con esta revolución y este mismo gobierno? ¿qué es lo que está pasando? Yo entiendo que aquí ha habido un mal de fondo y se están cometiendo errores porque no es posible que nosotras, las madres, para poderles poner un par de zapatos a los muchachos para que vayan a la escuela, que se lo exigen, tengamos que comprarlo en la shopping¹⁵ para que les dure una semana. [otra mujer interrumpe y dice: es verdad] ¿Cuánto te cuestan? ¿veinte dólares, tú tienes veinte dólares? Por qué el Estado no vende colegiales. Cuando nosotros estudiábamos, vendían colegiales, y no tenían muerte, pasaban de hermano a hermano, pa'l primo, el amiguito. Entonces te exigen, pero tú no puedes exigir lo que tú no das. ¿Tú crees que se puede? Nosotros salíamos y fiestábamos todos los fines de semana, con los cuatro metros de tela que te daban, íbamos todo el mundo igual, pero éramos felices. ¿Quiénes se vestían de shopping? Los hijos de los marineros y los hijos de los pinchos, pero todos los demás éramos felices. (mujer, negra, 56 años)

Este relato grafica uno de los pasados en que se constituyen los sujetos y la propia revolución, y lo ubica como el futuro al cual quisieran volviera Cuba. Para esta mujer de 56 años su futuro es un futuro pasado, su aspiración es volver a esa sociedad donde no solo su salario “alcanzaba” y podía tener cierto consumo que satisfacía sus necesidades, sino donde además todos eran iguales y felices. El horizonte de igualdad

¹⁴ Conocido como SEARS. El mercado centro o SEARS constituye un ícono de los años ochenta en Cuba, un mercado donde confluían en igualdad de consumo cualquier cubano por sus precios y la variedad y amplitud de la oferta.

¹⁵ Tiendas de recaudación de divisas. Estas tiendas ofertan los principales bienes de consumo en cuc. El precio actual del cuc es 25 pesos cubanos, moneda en la cual se paga el salario a los cubanos. El salario promedio en Cuba es sobre los 400 pesos cubanos (MN), o sea menos de 20 cuc mensuales.

que alcanzó la revolución dentro de este estado de bienestar amparado en un modelo de dependencia, por medio de un fuerte Estado paternalista, implicó una percepción y más aún, una experiencia de la igualdad que sigue constituyendo una aspiración para cubanos y cubanas.

En el estudio sobre culturas políticas antes referido, la Cuba imaginada en un futuro de cinco años es para muchos una Cuba más igualitaria.

Los años que han seguido a partir de los noventa han sido de resistencia y subsistencia, pero no solo en el orden económico, también político y subjetivo. Como plantea Aurelio Alonso (2007), se ha hecho necesario “resistir y subsistir en el plano de la continuidad de la sociedad cubana”.

La continuidad de la revolución ha sido posible por la discontinuidad de modelos, estrategias. Una discontinuidad de la política en su sentido amplio, lo cual ha producido también discontinuidades en el tiempo.

Otro de los rasgos de este período y que marca una ruptura con las anteriores, en especial con los sesenta es el dominio de la política de corto plazo sobre el largo plazo. La emergencia cobra espacio a la planificación. La política como proyección queda asfixiada por un contexto que no cuenta con los recursos para solucionar los problemas del presente, y que tiene que desviar los destinados al largo plazo para dar continuidad al presente.

¿Cómo son vivenciadas estas rupturas de temporalidades?

Las reformas han sido momentos de rupturas necesarias para hacer posible la continuidad en la transición cubana. Estas rupturas son vividas según algunos autores de manera más intensa por los jóvenes, por la etapa de la vida que atraviesan. (Domínguez, 1998) No se podría compartir ese criterio acá, el testimonio antes expuesto muestra el impacto de la crisis en la vida y el imaginario de los que ya no son tan jóvenes. Lo que sí debe apuntarse es que estas rupturas son vividas y representadas de modos diversos según las distintas generaciones, no solo por sus caracteres sociopsicológicos intrínsecos, sino por las experiencias vividas en momentos diversos.

La revolución no significa lo mismo para una persona de cincuenta años que quien cuenta con más de setenta o para un joven de treinta. Incluso entre un joven de treinta y otro de veinte las Cubas representadas pueden dar presencia de contenidos diversos, porque han vivido transiciones diversas dentro de la revolución, han experimentado otras Cubas. Con ello no se está sosteniendo que las diferencias se

produzcan solo desde lo generacional, sino desde los distintos contextos que han constituido esas generaciones como diversas.

Es a partir de los noventa y la configuración de un Estado paulatinamente menos paternalista, en conjunción con un mercado que comienza a volverse centro en la reproducción diaria, donde las desigualdades minan los grupos sociales, produciendo una re-estratificación social.

Todas estas diferencias, las generacionales, en el sentido de las experiencias vividas en la revolución, así como las socio-económicas y sociopolíticas, se intersectan y son las que explican que las temporalidades desde las que se construye Cuba no sean las mismas.

Los futuros imaginados para Cuba varían de acuerdo a estas diferencias. En el estudio antes referido sobre culturas políticas, los futuros imaginados dieron cuenta de una Cuba desde cuatro posiciones: 1) una Cuba peor, 2) una Cuba “al menos no peor”, 3) una Cuba mejor, y 4) una Cuba que no se imagina. (Ortega; Torres, 2014)

Lo impactante es que estos criterios se sostenían sobre todo en el orden socioeconómico. La economía se ha vuelto el criterio evaluador de la política. Los cambios no solo son mayormente deseados en el orden económico, sino que solo allí se considera ellos puedan ocurrir. La política, es entendida no solo como campo separado de lo económico, sino como espacio de inmovilismo, donde nada cambia. (Pañellas, 2012, 2013; Ortega; Torres, 2014)

El futuro en general se muestra como un espacio conflictivo para cubanos y cubanas, donde les cuesta proyectar tanto al país como la vida individual. Las dificultades para dar cuenta de planes futuros están presente en diversos grupos sociales. (Pañellas, 2012; Ortega; Torres, 2014) La incertidumbre y la desconfianza dominan los imaginarios. La creciente incapacidad para dar cuenta de un futuro a corto plazo (cinco años) tanto en lo individual como colectivo, ha venido no solo configurando el futuro de Cuba, sino su presente.

La acción social tiene lugar en un terreno de incertidumbre y descreimiento, no solo en sentido de un futuro mejor, sino en todo sentido. La sensación de pérdida del control sobre el curso de la vida, incluso en el plano más individual, se hace presente en cubanos y cubanas de distintas procedencias.

Daybel Pañellas, en un estudio sobre identidades en distintos grupos de la estructura socioclasista en Cuba, muestra los contenidos de esta incertidumbre desde los diferentes grupos. Para los dirigentes, sostiene la autora, la incertidumbre se refiere

sobre todo a su posición sociopolítica: «*Nos pueden cambiar del cargo*», «*dependemos de los cambios que hagan los dirigentes del escalón más alto*», «*el obrero puede estar veinte años en el cargo, mientras que al dirigente lo pueden cambiar de un día para otro*». (Pañellas, 2012)

Para los cuentapropistas¹⁶, el futuro también es incierto: «¿Quién sabe cómo será el futuro? Yo no tengo confianza ninguna». «El cubano de por sí es muy inseguro. Tal vez nuestro sistema político cambie ¿y los cuentapropistas qué?». «Estarán estresados, inseguros porque están esperando nuevas medidas; los impuestos pueden aumentar y acabar con los negocios».

Para los obreros el futuro posible es un futuro que implique movilidad social. «Podemos subir, estudiar y llegar a ser dirigentes». Pero a su vez el futuro de los dirigentes es percibido por este grupo como inseguro.

Igualmente los intelectuales dan cuenta de la incertidumbre, apuntando hacia el dinamismo de los procesos en función del contexto: «La confianza no la puede tener nadie porque cada día las cosas cambian». Sin embargo es un cambio entendido como azaroso, con un ritmo desacelerado: «Las cosas se mueven lentamente, nada de grandes cambios ni sorpresas». (Pañellas, 2012)

La investigación de esta autora tiene altas coincidencias con el estudio sobre culturas políticas referido (Ortega; Torres, 2014), en el cual se exploró en la dimensión temporal de la política en un grupo de cuentapropistas y estudiantes de enseñanza media y universitarios.

En estos grupos la incertidumbre y el escepticismo caracterizaron los futuros proyectados, tanto para sí (orden individual) como de la nación (colectivo). Se mostraron dificultades para dar cuenta del futuro, para visualizar un horizonte mejor o peor. Las causas identificadas por los propios sujetos explicativas de esta incertidumbre están en lo azaroso de los cambios que se están viviendo y en una experiencia del pasado que da cuenta de una política también vertiginosa, que no ha seguido una línea o curso identificable por la ciudadanía. El inmovilismo de la política fue otra de las razones que obstaculizan la proyección del futuro. La política es vista como una esfera independiente de la economía y donde no se producen cambios, al menos no los

¹⁶ Son trabajadores que siendo o no propietarios de los medios y objetos de trabajo no están sujetos a un contrato laboral con entidades jurídicas y no reciben remuneración salarial. No todos son trabajadores independientes, porque algunos son empleados por otros trabajadores por cuenta propia. En ese sentido son empleados, empleadores y autoempleados

suficientes como para cambiar las condiciones de posibilidad de los sujetos. (Ortega; Torres, 2014)

Según Pañellas (2012), en sus resultados se muestra una pobreza motivacional, en especial en las expectativas respecto al futuro. Para Ortega y Torres (2014), la incertidumbre, la desesperanza –para el caso de las generaciones mayores que tenían unas expectativas respecto al futuro de la revolución- y el escepticismo – en las generaciones más jóvenes- son las características principales de los futuros imaginados.

En contraposición, -o de modo complementario- el futuro imaginado se conecta con el futuro deseado. El imaginado se constituye en gran medida desde la evaluación sobre las condiciones de posibilidad de la vida en el presente y el pasado, pero el deseado proyecta las aspiraciones como aquello que se quisiera tener pero de lo cual no se tienen certezas para su realización. En este sentido también tiene una condición evaluadora: se desea lo que no se tiene, pero sobre todo normativa-orientadora, del deber ser, tanto personal como colectivo.

La Cuba deseada es fundamentalmente una donde hayan mejoras económicas, las cuales generen mejores condiciones de vida para todos y en relación con ello, una Cuba más igualitaria. En el estudio de Ortega y Torres (2012), la Cuba deseada por los sujetos investigados no refería un crecimiento económico a cualquier costo, sino a mejores condiciones en la reproducción de la vida que tuviera en cuenta las necesidades, aspiraciones y también la formación (los pasados) de los sujetos. Se aspira un futuro que no se desconecte con cierto pasado de la revolución: aquel que perseguía políticas igualitarias, que amplió las expectativas a través de un elevado nivel de formación educacional, que socializó a generaciones enteras en los principios de una sociedad socialista, de fuerte lucha contra las expresiones de relaciones capitalistas de explotación.

En 1998 María Isabel Domínguez ya apuntaba en el contexto de la crisis:

“A la actual generación joven cubana le ha tocado ingresar a la vida social en un momento difícil, en el que se ha alterado el ritmo, más o menos estable, con que se movía la sociedad por casi tres décadas y en el que se han recortado posibilidades que estuvieron al alcance de las anteriores, como disponer de un lugar asegurado en una estructura socioclasista con alto grado de homogeneidad y un nivel de bienestar garantizado mediante esa inserción. Estas posibilidades no solo se refieren a la situación actual, sino a sus posiciones futuras”. (Domínguez, 1998: 32)

En realidad estas últimas décadas han dado cuenta no solo del cambio en el ritmo de los cambios (desaceleración), y desfase entre expectativas y posibilidades de realización en la sociedad que las constituye, sino también de un rompimiento en las temporalidades, produciendo nuevos pasados y futuros y no solo un presente en crisis.

Al mismo tiempo el desfase no es solo entre expectativas y contexto, sino entre expectativas y expectativas, o sea, entre los tiempos-transiciones de la revolución. Habría que apuntar ya más de dos décadas después de la reforma de los noventa que ella no solo afectó a las generaciones más jóvenes, incluso, sostener que fueron las más impactadas es un argumento muy cuestionable, porque las generaciones cuyas experiencias se desarrollaron en etapas anteriores dentro de la revolución, también vivencian un choque entre expectativas formadas en contextos tan diferentes como fueron los años ochenta, setenta o sesenta y las reconfiguraciones realizadas sobre estas en los noventa. Esa ruptura se percibe como frustración, como quiebre y desesperanza.

Se produce desesperanza allí donde había algo que esperar. Las generaciones jóvenes no dan cuenta tanto de desesperanza como de escepticismo. (Ortega; Torres, 2014) Quienes han tenido experiencias en décadas anteriores viven de otro modo la transición de los noventa, no solo por lo que ella implicó –e implica- en sí sino por lo que significa en relación a las etapas anteriores. Los sentidos producidos en estos últimos años son constituidos también desde esos pasados, en relación con ellos, a las vivencias tenidas en ellas y al mismo tiempo esos pasados se reconstruyen a partir del presente en crisis.

Algunos testimonios recogidos en la investigación sobre culturas políticas expresan estas rupturas desde la vivencia del tiempo:

“Mi padre fue combatiente, vino con Fidel, entró a la habana el 18 de enero, y me decía que esto era precioso, que era muy lindo –no deja de serlo, yo te estoy diciendo lo que me dijo- pero habían muchas cosas que chocaban” (mujer, cuentapropista, 52 años)

“yo soñé otra cosa. Mi padre me hizo un patrón y yo idealicé ese patrón. Entonces eso influyó en mis estudios. Estudié, estudié, todo el tiempo me lo absorbían los estudios. Cuando choqué con la realidad, para nada. Hoy soy cuentapropista” (mujer, ingeniera forestal y máster en informática, devenida con la última reforma del 2010 en cuentapropista) (Ortega; Torres, 2014)

Estos discursos muestran cómo las rupturas temporales se producen desde rupturas en las subjetividades y sus contextos. La crisis de las últimas décadas da cuenta de una

crisis de la vida cotidiana no solo en el plano socio económico y político, también en los patrones temporales de organización de esa vida (los ritmos instituidos, posibles y esperados de lo social, así como el pasado y sobre todo el futuro posibles y no posibles). El desfase entre expectativas y expectativas, a partir del desarme de los contextos que las produjeron expresa esas rupturas temporales. La crisis de los noventa ha sido sobre todo una crisis del tiempo, los tiempos de la revolución.

4-El futuro incierto de Cuba

Las revoluciones constituyen rupturas sobre el tiempo, en antes y después. Pero la revolución, para poder constituirse como continuum en el tiempo necesita producir rupturas sucesivas al interior de la propia revolución, sobre su propio *después*.

La revolución cubana, no solo produjo un parte aguas en el tiempo sino que reformuló el tiempo mismo: las relaciones entre política y tiempo, los ritmos, las relaciones entre política de corto y largo plazo, las temporalidades, las expectativas producidas como parte de esas temporalidades. Estas transformaciones fueron sucesivas no en el sentido de una continuidad, sino que se produjeron en el tiempo cronológico de la revolución pero produciendo rupturas dentro de las temporalidades. De ese modo la revolución cubana no instauró un antes y un después de 1959 solamente, sino varios antes y después al interior de la propia transición, los cuales fueron de una complejidad mayor que la ruptura del triunfo revolucionario.

Las reconstrucciones temporales dentro del período histórico de la revolución han tenido que romper con la propia revolución, con lo que había sido considerado oportuno, viable, con los sueños, expectativas, en resumen, con los medios y muchas veces con los fines del propio proyecto.

No puede hablarse de un pasado, un presente y un futuro de la revolución, porque como se ha expuesto antes, los pasados, presentes y futuros han variado de acuerdo a las diferentes etapas de la propia revolución. Cada uno de estos períodos a su vez a producido al menos varios pasados: el pasado colonial, el pasado de la tradición independista, el pasado de las hazañas de la revolución, el pasado del bienestar y la igualdad de los ochenta, el pasado más reciente de la crisis, el cual no es elaborado del todo como pasado en la medida en que sus condiciones siguen reproduciéndose como presente.

Estos pasados, aún cuando responden a marcos de encuadre fijados en la historia como cronología, no siguen un orden de producción cronológico. Ellos coexisten, entran en disputa y desde ellos y con ellos se hace posible el presente y el futuro de la sociedad.

La revolución produjo un uso intensivo sobre el tiempo, no solo en cuanto a ritmos, la aceleración intrínseca a toda revolución, sino que ha necesitado sostenerse en ciertos pasados, como negación y afirmación, y proyectar un futuro desde el cual dotar de sentido al presente del proyecto.

El presente solo ha sido posible construirlo, siempre en condiciones desfavorecedoras y amenazantes al proyecto, por un uso de las temporalidades a fines a la política en curso, tanto del pasado como del futuro. La revolución se ha valido de los pasados y ha tenido que instituir un horizonte hacia el cual orientar y desde el cual fundar su presente, más allá y sobre las condiciones de posibilidad.

El futuro ha sido al mismo tiempo un arma de lucha ideológica –de construcción de hegemonía- y un espacio cuestionador de la política, evaluadora de ella. En los sesenta el futuro cobró un sentido fortísimo en el ejercicio de la utopía. El presente daba cuenta de las imposibilidades para realizar cierto futuro pero no se ceñía a ellas, las superaba, por ello volvía presente el futuro con aceleración. La certidumbre de esos años daba cuenta de otro futuro distinto al que se construye medio siglo después. La igualdad ya no es una aspiración de principio del futuro en ciertos discursos políticos, los ritmos se han enlentecido, el presente se restringe a las posibilidades y actúa dentro de sus marcos, fijados duramente por criterios económicos.

“Es necesario cambiar la mentalidad de los cuadros y de todos los compatriotas al encarar el nuevo escenario que comienza a delinearse. Se trata sencillamente de transformar conceptos erróneos e insostenibles acerca del Socialismo, muy enraizados en amplios sectores de la población durante años, como consecuencia del excesivo enfoque paternalista, idealista e igualitarista que instituyó la Revolución en aras de la justicia social.

Muchos cubanos confundimos el socialismo con las gratuidades y subsidios, la igualdad con el igualitarismo, no pocos identificamos la libreta de abastecimientos como un logro social que nunca debiera suprimirse.” (Castro, 2010)

Si el futuro de los sesenta era un futuro utópico y por ello fue realizable, en breve tiempo por demás, el futuro que empieza a constituirse a partir de los noventa es un futuro que se acopla a las condiciones de lo real y en ese sentido se produce como un futuro en crisis, sin horizonte claro, lleno de incertidumbre.

Aún cuando desde el discurso político se intenta rellenar con certezas y esperanzas el futuro, las subjetividades de cubanos y cubanas, el sentir de distintos grupos y generaciones dan cuenta de lo contrario: una pérdida de fe y una imposibilidad para proyectar un futuro cualquiera, incluso en el propio plano individual. La revolución –el poder político- se ha constituido de modo tan fuerte que ha robado el control de los sujetos sobre sus propias condiciones de posibilidad. Justo lo contrario había sido su razón de ser, y debería seguir siendo como proyecto socialista, pero la práctica política demuestra cómo la participación en todos sus niveles se ha lastrado (Guanche, 2012; Ortega, 2010; Valdés Paz, 2009; Espina, 2008; Ortega; Torres, 2014; Domínguez, 1998)

Raúl Castro como presidente de los Consejos de Estado y de Ministros ha insistido en tres ideas al menos relacionadas con el tiempo y cómo éste se asume desde otra lógica en los últimos años: (i) los ritmos de los cambios; (ii) la incertidumbre del futuro, entre una Cuba socialista y capitalista; (iii) la reforma de pilares ideológicos constitutivos del proyecto en el tiempo como la igualdad.

“El año 2011 es el primero de los cinco incluidos en la proyección a mediano plazo de nuestra economía, período en el que, de manera gradual y progresiva, se irán introduciendo cambios estructurales y de conceptos en el modelo económico cubano.

Durante los últimos años habíamos insistido en que no podíamos dejarnos llevar por improvisaciones y apresuramientos en esta esfera, teniendo en cuenta la magnitud, complejidad y las interrelaciones de las decisiones a adoptar. Es por ello que pienso que hicimos bien en aplazar el Congreso del Partido, aunque hemos debido resistir, precisamente, los reclamos honestos y también los mal intencionados dentro y fuera de Cuba para que apuráramos la adopción de múltiples medidas. Nuestros adversarios en el exterior, como era de esperar, han impugnado cada paso que dimos, primero los descalificaban como cosméticos e insuficientes, ahora tratan de confundir a la opinión pública presagiando el seguro fracaso y concentran sus campañas en la exaltación del supuesto desencanto y escepticismo con que dicen nuestro pueblo ha acogido este proyecto.

A quienes abriguen esas infundadas ilusiones, vale recordarles, otra vez, lo expresado en este Parlamento el 1ro de agosto de 2009: cito: “A mí no me eligieron Presidente para restaurar el capitalismo en Cuba ni para entregar la Revolución. Fui elegido para defender, mantener y continuar perfeccionando el socialismo, no para destruirlo” (Castro, 2010)

Raúl da cuenta de un ritmo más enlentecido en los cambios, al punto que el ritmo hace cuestionar los cambios mismos, la política toda dentro y fuera de la isla. Lo contrastante es que aún cuando algunos procesos de cambio también llevaron años en su realización como fueron las políticas llevadas a cabo durante la primera década de la revolución, el ritmo de la época era percibido como acelerado. No solo porque fueran muchos los cambios, sino porque ellos se dirigían a impactar la vida cotidiana de los sujetos, a transformar sus principales problemas. El Programa del Moncada y su puesta en marcha en la política de los primeros años del triunfo es un ejemplo de ello.

En la coyuntura actual sucede que los distintos grupos sociales expresan sus problemáticas por diferentes vías pero no perciben que estas se concreten en la política. Uno de los instrumentos que recogió de manera masiva esas demandas y al mismo tiempo fundó expectativas fue la consulta previa al Proyecto de Lineamientos Económicos y Sociales del VI Congreso del Partido Comunista de Cuba. Aún cuando este fue un ejercicio de consulta amplísimo, que la gente usó como espacio de participación en el cual proyectaban el futuro deseado para Cuba y sobre todo los futuros que no querían, lo que sucedió a posteriori es que una gran mayoría sintió no se tomaron en cuenta sus criterios y el país que se proyecta no responde a sus necesidades ni a ellos como sujetos. (Ortega; Torres, 2014)

El discurso político se concentra en una economía restrictiva sobre la política. La dirección del país transforma conceptos claves que identificaban al proyecto de socialismo como igualdad, seguridad social, protección del Estado, produciendo un desfasaje entre creencias, expectativas y este nuevo contexto crecientemente más liberal.

Raúl ha expresado: “La realidad de los números, además, está por encima de todas nuestras aspiraciones y deseos. En la aritmética elemental del primer grado de la escuela primaria, se aprende a temprana edad que dos más dos da cuatro, no cinco ni seis -como

ya dijimos en una ocasión aquí mismo-; no hay que ser economista para comprenderlo, que dos y dos son cuatro, y aquella vez añadí: “...pero a veces por nuestras deficiencias, dos y dos resulta tres”, es decir que no hay que ser economista para comprenderlo, por tanto, si en un momento dado tenemos que hacer algo en materia económica y social por encima de los recursos disponibles, hagámoslo, o podemos hacerlo, pero tiene que ser con conciencia de las consecuencias y sabiendo de antemano que al final la crudeza de los hechos y de los números se impondrá irremisiblemente, por muchos buenos deseos que tengamos”. (Castro, 2010)

El énfasis en la eficiencia, la productividad, ha cobrado un espacio en el discurso político, desplazando un ideal de igualdad ampliamente socializado durante las décadas anteriores a la crisis de los noventa.

La ruptura principal en los últimos años que marca un desfase en las temporalidades está impactando los proyectos individuales y el proyecto de país futuro, no claro al menos en las percepciones de cubanos y cubanas (Pañellas, 2012, 2013; Ortega; Torres, 2014) . Más aún, entre el curso del país, la política y la vida cotidiana de los sujetos, sus necesidades, historias y aspiraciones.

El futuro de Cuba tendrá que ser leído en plural, no solo por las razones expuestas a lo largo de estas páginas, sino porque el desanclaje entre proyectos de vida individuales y proyecto de nación no se reduce sino que se ensancha.

Más del 76 por ciento de la población cubana ha nacido posterior a 1959. Es decir, los pasados de la mayoría de cubanos y cubanas son los pasados dentro de la revolución. Los tiempos con que se produce ella son sus propios tiempos. Esta ha sido su conquista en el tiempo y a la vez su mayor complejidad.

El futuro se construye como necesaria superación del presente. El porvenir debe ser cualitativamente superior al presente. Cuando el futuro proyectado es un futuro pasado, por ejemplo la vuelta a los ochenta, entonces ello nos dice de un presente que es anterior en términos de condiciones de posibilidad al pasado. La revolución expandió el presente y el futuro durante sus primeras décadas, esto sin dudas amplió las expectativas y al mismo tiempo la formación de las subjetividades de la mayoría de cubanos acorde a aquellos contextos. La Cuba futura tendría que ser siempre superior a la Cuba presente,

una Cuba nueva que complete el proyecto socialista, que supere sus errores y al mismo tiempo garantice continuidad de sus logros.

La Cuba actual no ha podido superar del todo sus errores y se encuentra en una situación tensa entre economía y política, entre Estado y Mercado para dar continuidad a sus logros. En este escenario los futuros posibles parecieran ajustarse a las condiciones del presente, que siguen siendo un presente en crisis de todo tipo: del sistema político, del modelo de economía y de las subjetividades políticas.

El futuro entonces queda abierto, pero no como abanico de posibilidades, sino por su carácter difuso, tanto en lo individual como colectivo. El presente se expande como urgencia y marca fuertemente los destinos de la revolución. Solo no debe olvidarse que el presente sin futuro es pura resistencia, y la resistencia anclada solo al presente es efímera.

El tiempo como la política necesita pasados, presentes y futuros para instituirse. Sus recombinaciones producen un tiempo determinado y una política específica. El presente de Cuba y sus pasados necesitan refundarse en un proyecto palpable y creíble por cubanos y cubanas. Ese es el único camino desde donde será posible reconstruir no solo el futuro de Cuba sino el propio presente.

Bibliografía

- Alonso, Aurelio 2007 “Sobre la transición socialista en Cuba: un simposio” en *Temas* (La Habana) N 50-51, abril-sept.
- Arendt, Hannah 1972 *La crise de la culture* (París: Gallimard)
- Arendt, Hannah 1996 Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política. (Barcelona: Ed Península)
- Berger, Peter; Luckmann, Th. 1993 *La construcción social de la realidad*. (Buenos Aires: Editorial Amorrotu)
- Carranza, Julio (et.al) 1995a “Cuba: reestructuración económica, socialismo y mercado” en *Temas* (La Habana) N 1, enero-marzo
- Carranza, Julio; Monreal, Pedro; Gutiérrez, Luis 1995b *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate*. (Sevilla: Ed CISC)

- Castro, Fidel 1960 a “Discurso en el acto de entrega de la quinta estación de policía al ministerio de educación para convertirla en centro escolar, el 11 de enero de 1960” en < <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>>
- Castro, Fidel 1960 b “Discurso pronunciado en Ciudad Libertad, el 31 de diciembre de 1960” en < <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>>
- Castro, Fidel 1962 “Discurso pronunciado en la Clausura de la plenaria nacional de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (anap), en el teatro Chaplin, el 17 de mayo de 1962 en < <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>>
- Castro, Fidel 1964 “Discurso pronunciado en la concentración conmemorativa del quinto aniversario de la revolución, en la Plaza de la Revolución, el 2 de enero de 1964” en < <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>>
- Castro, Fidel 1986 “Discurso pronunciado en la Clausura de la sesión diferida del tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en el teatro Carlos Marx, el 2 de diciembre de 1986” en < <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>>
- Castro, Fidel 1970 “Discurso pronunciado en el acto de recibimiento a los Once Pescadores Secuestrados, efectuado frente al Edificio de la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica en Cuba, el 19 de mayo de 1970” en < <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>>
- Castro, Raúl 2010 “Discurso pronunciado en la clausura del sexto período ordinario de sesiones de la séptima legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el Palacio de Convenciones, el 18 de diciembre de 2010 en < <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/index2.html>>
- Castro, Raúl 2013 “Discurso en la clausura del Segundo Período Ordinario de Sesiones de la VIII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular. 21 de diciembre de 2013” en < <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/index2.html>>
- Dilla, Haroldo (1996) “Cuba: ¿cuál es la democracia deseable?” En *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, (La Habana: Ediciones CEA)
- Domínguez, María Isabel 1998 Generaciones y mentalidades en *Temas* (La Habana) N14, abril-junio
- Elias, Norbert 2010 . *Sobre el tiempo*. (México: Fondo de Cultura Económica)
- Espina Prieto, Mayra 2003a “Efectos sociales del reajuste económico: igualdad, desigualdad y procesos de complejización en la sociedad cubana”, Ponencia Congreso de LASA, Dallas.
- Espina, Mayra 2008b *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad*. (Buenos Aires: CLACSO)

- Flaherty, M., Fine, G. 2001 "Present, Past and future: Conjugating George Herbert Mead's Perspective on Time" en *Time & Society* (Londres) vol 10
- Giddens, Anthony 1994 *Consecuencias de la modernidad*. (Madrid: Alianza Universidad)
- González, Alfredo 1997 "Economía y sociedad: los retos del modelo económico" en *Temas* (La Habana) N11, julio-septiembre
- González, Alfredo 2002 "Socialismo y mercado" en *Temas* N 30, julio-septiembre
- Guanche, Julio César 2012 *La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia* (Santiago Chile: Ed Universidad Alberto Hurtado)
- Guevara, Ernesto Che 1963. "Discurso en el Forum de Energía Eléctrica en La Habana" en <http://archivo.juventudes.org/ernesto-che-guevara/discurso-en-el-f%C3%B3rum-de-energ%C3%AD-el%C3%A9ctrica-de-la-habana-noviembre-de-1963>
- Hartog, François 2007 *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. (México: Universidad Iberoamericana)
- Harvey, David 1990 "Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination" en *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 80, No. 3 Sep., 1990
- Harvey, David 1994 "La construcción social del espacio y del tiempo: Una teoría relacional" en *Geographical Review of Japan* Vol 67, No 2
- Hinkelammert, Franz 1984 *Crítica a la razón utópica*. (San José: DEI)
- Husserl, Edmund 2008 *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (Buenos Aires: Prometeo libros)
- Koselleck, Reinhart 1993 *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós)
- Koselleck, Reinhart 2001 *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona, Paidós)
- Lechner, Norbert 2006 *Obras escogidas*. (Santiago Chile: Ediciones LOM)
- Martínez Heredia, Fernando 1999. "La fuerza del pueblo" en *Temas* No 16-17, octubre 1998- junio 1999
- Martínez Heredia, Fernando 2001. *El corrimiento hacia el rojo*. (La Habana: Ed Letras Cubanas)
- Martínez Heredia, Fernando (2005). *En el horno de los 90*. (La Habana: Ed Ciencias Sociales)
- Mead, George H. 1992 "La naturaleza del pasado" en Ramos, Ramón. *Tiempo y sociedad*. (Madrid: Siglo XXI)

- Monreal, Pedro y Carranza, Julio 1997 “Problemas del desarrollo en Cuba: realidades y conceptos” en *Temas* (La Habana) No 11, julio-septiembre
- Monreal, Pedro 2002 “La globalización y los dilemas de las trayectorias económicas de Cuba” en *Temas* (La Habana) No. 30, julio-septiembre
- Ortega, Diosnara 2010 *Delegado/a del Poder Popular: un estudio sobre su representación social en el Consejo Popular Jesús María*. Tesis de Maestría, Universidad de La Habana
- Ortega, Diosnara; Torres, Ailynn 2014 De lo posible y lo necesario. Estudio sobre culturas políticas en Cuba. Informe de Investigación ICIC Juan Marinello, La Habana
- Pañellas, Daybel 2012 “Grupos e identidades en la estructura social cubana” en *Temas* (La Habana) N 71, julio-sept 2012
- Ramos, R. 1999 *La sociología de Emile Durkheim. Patología social, tiempo, religión* (Madrid: CIS)
- Rosa, H. 2011 “Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada” en *Persona y Sociedad* (Santiago de Chile) Vol XXV
- Pañellas, Daybel 2013 “¿Será posible el cambio de mentalidades?” en *Temas* (La Habana) N73, enero-marzo 2013.
- Schütz, A., Luckmann, Th. 2009 *Las Estructuras del mundo de la vida* (Buenos Aires: Amorrortu)
- Sorokin, P., Merton, R. (1937) “Social Time. A Methodological and functional Analysis” en *American Journal of Sociology* (Chicago) Vol. 42 Issue 5
- Valdés Paz, Juan 1994 “La Transición socialista: continuidad y cambio” En Juan Valdés Paz, et al., *La transición socialista en Cuba. Estudio sociopolítico*, (La Habana: Editorial Ciencias Sociales)
- Valdés, Juan 1996 “Notas sobre sistema político cubano” en Dilla, Haroldo (comp.) *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*. (La Habana: Ciencias Sociales-CEA)
- Valdés, Juan 2007 “Desarrollo institucional en el período especial: continuidad y cambios” en Arce, Mercedes y Sánchez, Ma. de Lourdes. (comps.) *Una mirada binacional al desarrollo regional México-Cuba*. (México: El Colegio de Tlaxcala, A.C.)
- Valdés Paz, Juan 2008. *El sistema político cubano*. (La Habana: Ruth Casa Editorial)
- Valdés Paz, Juan 2000. *Los procesos de organización agraria en Cuba 1959-2006*. (La Habana: Ed FANJ)
- Valdés Paz, Juan; Díaz; Selma; Díaz, Julio A. 2012 . “La zafra de los diez millones: una mirada retrospectiva” en <http://www.rebellion.org/docs/168474.pdf>

-Wagner, Peter 1997 *Sociología de la modernidad*. (Barcelona: Herder)

-Zerubavel, E. 1981 *Hidden Rythms. Schedules and Calendars in Social Life* (Berkeley: University of California Press)